# Serena
## y el dragón morado

Martha Grizel Delgado Rodríguez (Textos)
Carlos Vélez Aguilera (Ilustraciones)

*Para Idania*

***Serena y el dragón morado***
Primera edición, 2022
Colección: Alas de Lagartija

© Martha Grizel Delgado Rodríguez, por los textos.
© Carlos Vélez Aguilera, por las ilustraciones.

D.R. 2022 de la presente edición:
Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces
Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx
www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana. Cuidado editorial: Nayely Hernández Orozco. Corrección de estilo: María del Carmen Salazar Flamenco. Diseño de colección: Frida Solano Martínez. Formación: Sofía Escamilla Sevilla.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-188-2
ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL
alas y raíces
ESTRATEGIA NACIONAL DE LECTURA

# Serena
## y el dragón morado

Martha Grizel Delgado Rodríguez (textos)
Carlos Vélez Aguilera (ilustraciones)

# I. El robo

Luego de un largo día de caza, Xela volvió agotada a la Cueva de los Orígenes, donde vivía, en el Valle de los Dragones. Por la tarde había peleado con dos dragonas por una presa. Comparada con las otras, ella no era ni la más grande, ni la más fuerte. Tenía que contentarse siempre con los restos de la caza o con la buena fe de las otras dragonas. Hoy había tenido suerte, volvía con un pedazo enorme de ciervo, que seguramente le alcanzaría para dos días. Debía ponerse muy fuerte porque después tendría que alimentar a su cría.

Antes de entrar en su cueva, Xela presintió algo, había un aroma raro en el ambiente, olfateó la entrada y gimió. Después, escupió una gran bocanada de fuego azul, quería intimidar a quien estuviera merodeando su guarida. Su fuego chamuscó un par de árboles cercanos, nada se movió, sólo una rama quemada que se rompió y cayó al suelo.

Adentro de la cueva, este aroma extraño persistía y se expandía por los rincones, pero no se dejaba reconocer del todo por las narinas de Xela, que abría ahora sus fauces lo más posible para identificar el origen de ese peculiar olor; le parecía conocido. Cuando llegó hasta el fondo de su cueva se topó con una sorpresa indeseable: alguien había entrado y robado su huevo; el primero de su existencia. Xela hinchó sus fauces y sintió cómo su dura piel se calentó de golpe, su cuerpo se encaramó instintivamente y se preparó para el ataque. Inspeccionó con cuidado la cueva, pero no halló nada. Luego, salió a revisar la entrada: lo primero que descubrió fueron huellas pequeñas, diminutas.

—¡Humanos! —se dijo y encogió las alas, sorprendida.

Latigueó su grande cola y emprendió el vuelo. No podía perder el tiempo. Seguramente los ladrones estaban lejos de su guarida, pero todavía en el Valle de los Dragones, que no era precisamente pequeño. Quizá sorprendería a los estúpidos humanos por el camino y podría quitarles el huevo con facilidad. ¡Arderían esas criaturas por tal atrevimiento! Pero en su vuelo, por desgracia, no descubrió nada. "Las frondas de los árboles hacen las veces de posibles escondites para los ladrones", pensó Xela, y descendió un poco, quería ver todo de cerca. Sin embargo, eso no sirvió de mucho, el Valle parecía muy normal. En todas las direcciones se extendían pinos, arbustos y rocas gigantes, que caían de las numerosas peñas. Por más que quiso, no olió miedo en ninguna parte, no había rastro de los ladrones.

No valía la pena inspeccionar el Valle de los Dragones nuevamente. Presurosa salió de él y sobrevoló el Jardín de las Ilusiones. Tampoco allí se encontraban los bandidos. Sólo había rosales y varias magnolias florecientes, las olía con claridad.

Xela prefirió interrumpir su búsqueda, debía avisar del robo a Drani, la reina de los dragones. Ella seguramente sabría qué hacer, además, tenía mejor olfato. La reina descubriría quién se atrevió a robarse un huevo de dragón. Xela volvió al Valle de los Dragones y se dirigió hasta la Peña del Fuego, donde Drani residía, en una cueva que parecía no tener fondo. La reina, que parecía estarla esperando, miraba hacia el horizonte.

—Hermana —exclamó la reina de los dragones con su voz ronca—, ¿por qué has venido a verme?

—Ha habido un robo —dijo Xela, con vergüenza e impotencia por lo sucedido.

—¿Qué ha pasado? —Las fauces de Drani se inflaron al escuchar las palabras de Xela. Extendió sus alas y aleteó agitadamente.

—Humanos se han llevado mi huevo.

—¿Cómo? —Las pupilas de Drani se dilataron de golpe—. ¿Estás segura?

—Sí, he descubierto un par de huellas. No siento su miedo, Drani. Por eso me es imposible encontrar y detener a los ladrones. Los humanos ya no nos tienen miedo.

La reina negó con la cabeza. Luego, abrió la boca y mostró su lengua bífida, larga y verde.

—Si ya no lo tienen... lo volverán a tener —aseguró Drani, y extendió sus alas un par de veces—. No saben a quién le han robado el huevo.

—Claro que lo saben, a la bestia más débil y vergonzosa del Valle. Ni siquiera puedo reconstruir el rastro que han dejado afuera de mi cueva. Y tan desvergonzados son que no borraron sus huellas de la entrada, por eso sé que son humanos, pero no por el olor —dijo Xela, avergonzada.

—No contaba ya con los humanos, pensaba que —dijo Drani, pero se interrumpió y cambió el semblante—... si ya no nos tienen miedo, entonces, tendrán que recordar quiénes somos.

—¿De qué hablas?

—Pronto entenderás lo que digo —afirmó Drani, y estiró la cola que era casi del tamaño de Xela—. Pronto lo entenderás.

# II. En Toerhu

Drani salió de inmediato hacia las aldeas de los humanos. Xela la vio alejarse y presintió algo, pero no supo definir si era bueno o malo lo que sentía en su pecho. La reina atravesó el Jardín de las Ilusiones y la Llanura de los Lamentos. Sin embargo, le fue imposible confiar en su olfato, el rastro no se dejaba rehacer, justo como le había avisado Xela. Drani esperaba encontrar a los ladrones en el Bosque Espiral, pero fue en vano. No había huellas de ellos. Ya en la Vega de las Flores percibió algo, avistó allí una docena de aldeas desperdigadas a los lados del Río Rojo. "Hasta esas tierras se habían extendido los humanos", reflexionó Drani sorprendida. Pero, como lo esperaba, el olor venía del Valle de los Olivos, donde habitaban casi todos los hombres, al menos siglos atrás vivían allí, según recordaba.

Drani pensó en la última vez que había visitado este Valle, quizá tendría veinte años más o menos, no lo recordaba con certeza. En ese entonces, apenas estaba aprendiendo a controlar sus llamaradas y por eso su madre la había llevado allí para que practicara hasta dominar el fuego de sus fauces. Ése fue un periodo en el que los seres humanos tenían miedo de todo, de las brujas, de los magos, incluso de los bárbaros, que a veces asaltaban sus poblaciones más alejadas y desprotegidas. No conocían casi nada ni tenían buenas armas.

La última vez que estuvo en Toerhu, la tierra de los hombres, fue en un enfrentamiento entre dragones y seres humanos, ambos grupos querían asegurarse de que una profecía que caía sobre ellos nunca fuera conocida. En aquella ocasión los dragones incendiaron, sin gran esfuerzo, un par de aldeas hasta que la abuela de Drani los detuvo y

prefirió concertar la paz. Ella era, entonces, la reina de los dragones y no le interesaba aplastar a unos seres tan débiles, pero quizá los subestimó. La abuela de Drani había muerto a causa de una traición de los hombres poco después de firmar la paz y acordar que dragones y humanos no cruzarían más sus caminos; su existencia sólo sería posible lejos los unos de los otros. Casi nadie conocía esta parte de la historia entre hombres y dragones.

Drani voló sobre el Valle de los Olivos en círculos amplios, y cerró los ojos, respiró. Sus narinas no tardaron en encontrar a los culpables, se sorprendió de la facilidad con la que percibió el olor del huevo robado. El rastro seguía aún fresco, no entendía cómo los ladrones habían podido borrar su olor de la Cueva de los Orígenes. Abrió aún más las fauces para hacerse una idea de la distancia a la que se encontraba el huevo. Inhaló tanto aire como pudo, sus pulmones eran grandes.

El huevo estaba a salvo, todavía faltaban dos o tres días para que el dragón naciera. Recordó la profecía, recordó a su abuela. El pecho se le llenó de odio y resentimiento. "Quizás ahora, después de tanto tiempo, podría usar a los hombres para conseguir escapar finalmente de la profecía maldita", pensó. Dos noches serían suficientes. Voló hacia Toerhu.

En el horizonte, el sol caía y dejaba el cielo rayado de mechas violetas y nubes alargadas.

La oscuridad avanzaba a pasos agigantados y cubría de negro las aldeas.

En cien años el Valle de los Olivos había cambiado mucho. Ya no había tantos animales salvajes como antes, numerosos caminos habían surgido, los hombres se habían ido extendiendo en todas direcciones, sin sentido. Ya no predominaba

el olor a bosque, a tierra o río. Drani reconocía varios aromas: a piel curtida, a metal trabajado. Olía a seres humanos, eran muchos, algunos emanaban el aroma del miedo, otros el de la mentira. Quizá lo que más le llamó la atención es que muchos desprendían un olor a codicia, sudaban codicia.

"Nunca lograrán imponerse en el mundo", pensó la reina de los dragones, y cerró de golpe las aletas de su nariz: había olisqueado lo suficiente. Por ser tan miserables los hombres, la profecía nunca se haría realidad. Había temido en vano por sus dragones; acomodó sus alas para descender. Antes de llegar a la aldea lanzó un par de llamaradas para anunciarse y amedrentar a los ladrones para que no se les ocurriera huir de nuevo. Si todo salía bien, se iría y movería de lugar a sus dragones para que los hombres no supieran dónde encontrarlos.

Cuando intentó bajar a lo que le parecía la plaza principal, dos bolas de fuego lanzadas por catapultas la recibieron. Los humanos no sabían que los dragones rara vez atacaban a la gente, pero recordaban las canciones sobre éstos y lo que contaban los ancianos, que eran bestias enormes y malvadas. Por eso se defendieron.

Drani esquivó con facilidad ambas bolas de fuego. En un solo esfuerzo y sin problemas quemó una de las catapultas. Vio cómo soldados temblorosos apenas estaban preparando la segunda catapulta con una nueva carga, llenándola con aceite ardiendo, pero el mismo pánico les jugaba una mala pasada; se estorbaban entre ellos mismos.

Drani lanzó un gemido agudo que estuvo a punto de reventar los tímpanos de todos los aldeanos. La gente se tiró al suelo tapando sus orejas; nadie entendía qué estaba aconteciendo. Los que pudieron se escondieron.

—Han atacado a la reina de los dragones —dijo Drani y por fin tocó el suelo de la plaza principal con sus anchas patas.

Todo era confusión. La gente corría de un lado a otro buscando algún escondite seguro. A su alrededor, Drani olía solamente pavor y miedo.

—¿Quién ha ordenado el ataque? —preguntó impaciente.

A pesar del estruendo de su voz nadie en la aldea le respondió. Ninguno de los guardias, que se encontraban en las torres, se atrevió a explicar nada.

Drani, que miraba tranquila cómo los aldeanos se escondían cual gusanos, descubrió en un callejón a Spere, la partera del pueblo, que todavía no hallaba escondite. Estiró una de sus patas y la tomó presa. Se quedó sorprendida al ver que nadie la defendió o al menos gritó algo para poner a la mujer sobre aviso. Quienes estaban en la plaza seguían corriendo sin orden, o bien, se aferraban a sus escondrijos, pensaban ingenuamente que detrás de las endebles paredes estaban a salvo. La reina dragona estrujó el cuerpo de Spere, quien se quejó. Aun así nadie hizo nada por defenderla. Drani volvió a estrujarla, la mujer gritó y pidió ayuda antes de desmayarse. Del mismo callejón salió una pequeña, corrió hasta Drani y se aferró a una de sus grandes y gordas patas traseras; después de un par de golpes inútiles, volvió unos pasos y la enfrentó.

—Tú, ¿quién eres? —preguntó la reina.

—Soy Serena —se presentó la niña y por su mismo nerviosismo no pudo más que sacar su miedo en forma de preguntas—. ¿Por qué nos atacas? No te hemos hecho nada. ¿Por qué quieres lastimarnos? Los guardias reaccionaron así porque nadie aquí sabía quién eras. En Toerhu jamás se había visto un dragón.

Con una pata Drani empujó a la niña, sin problemas, y la hizo caer; quería verla mejor. La observó cuidadosamente; luego, soltó a Spere, quien había perdido el conocimiento y la cambió por Serena ante la mirada atónita de los guardias. Al mismo tiempo, escuchaba el murmullo de voces que se organizaban para atacarla por los costados. Sin duda, estos hombres habían perdido el respeto por los dragones y también la sabiduría de no enfrentarlos. Sabían que lo único que les quedaba era atacar por la espalda.

Drani sacudió la cabeza, los guardias aprovecharon que Serena seguía hablando y sin pensar un segundo si por error podían lastimar a la niña o a la partera, atacaron a la dragona con varias lanzas y flechas. Sin embargo, vieron asombrados cómo éstas rebotaban y caían. Su filo era incapaz de penetrar la gruesa piel de la reina, quien no soportó un momento más el miedo ciego de los humanos y los vio con profundo desprecio.

—Han robado un huevo —aclaró Drani una vez que sintió la atención de los aldeanos—. He venido por él. Los ladrones son de aquí, lo sé perfectamente. Habitantes de Toerhu han atacado a la reina por la espalda. Ni siquiera han intentado salvar a la niña —Drani vio cómo la mayoría retrocedía o le evitaba la mirada—. Se han condenado a ustedes mismos. Aldeanos, no tendrán nunca más hijos y los hijos de sus hijos morirán pronto. Ustedes, como aldea, desaparecerán en algunos veranos a causa de su miedo e ignorancia.

Apenas terminó la sentencia, varias mujeres ahogaron sus gritos y los niños miraron a sus padres; entendían lo que estaba pasando.

—Pero... no todos te hemos atacado ni hemos robado algo tuyo —dijo Serena tan bajito que sólo Drani la escuchó.

La niña no dejaba de mirarla, estaba completamente fascinada y aterrorizada por igual ante tan imponente animal. Drani vio en los ojos de Serena el miedo puro, aquel que no es individual, sino colectivo. Entonces, se le ocurrió una idea: era la oportunidad de hacer funcionar a su favor la profecía.

—Aldeanos, tienen una oportunidad de deshacer mi hechizo. Antes de que termine la noche de luna llena, la habitante más débil tendrá que devolver el huevo a la Cueva de los Orígenes, en el Valle de los Dragones, adonde pertenece.

Las pupilas de Drani se encendieron de rojo. No sólo recuperaría el huevo sino que además acabaría por completo con la profecía que condenaba a los dragones. Todos los aldeanos lanzaron un suspiro de alivio. Había esperanza, o al menos eso parecía. Drani continuó:

—Pero no podrán ayudarla. Cualquiera de ustedes que le brinde ayuda, sufrirá las consecuencias. Tienen dos noches.

—Espera —dijo Eol, el único guardia que se atrevió a salir de su escondrijo—. ¿Cómo sabremos quién es la persona correcta?

La reina de los dragones se alegró por la pregunta.

—Es ella —dijo, y miró a Serena.

—¿La niña?

Todos enmudecieron. ¿Cómo podría ella sola llevar un huevo de dragón en dos días hasta el Valle de los Dragones? Drani le daba a la aldea de Toerhu falsas esperanzas, nadie creía posible que Serena lograra llevar a cabo tal tarea. Fracasaría irremediablemente.

Era hora de marcharse, la reina extendió sus alas y sin querer rompió la torre sur con una de ellas. El caos volvió a la plaza principal, la gente huía o corría en círculos pensando que la torre se desplomaría en cualquier momento. Drani emprendió el vuelo, feliz de verlos correr. Estaba segura de que la profecía no se cumpliría en contra de los dragones, pues los humanos caerían en su trampa al querer liberarse del hechizo que les había lanzado. Eran realmente estúpidos.

# III. El hechizo

Eol tomó el control de la situación en la plaza principal. Hubo un par de gritos y empellones, pero al final casi todos los aldeanos se quedaron mirando por donde Drani se alejaba y seguían pendientes de su vuelo. Les había parecido un animal enorme, con patas del tamaño de un hombre alto y robusto, alas delgadas, largas y azuladas que parecían muy ligeras.

Hacía ya varios años que la última persona que había visto un dragón en Toerhu había muerto. La mayoría de los aldeanos no sabía siquiera si este ejemplar era el más grande de todos, o si más bien era uno pequeño. Nadie tenía punto de comparación.

Después del caos inicial, en la plaza reinó el silencio. Apenas se sintió segura, Serena se dejó caer. Todos, al verla desvanecerse, se acercaron a ver qué le pasaba. Algunos guardias pidieron que los dejaran pasar; querían ver a la niña y se abrieron paso a codazos.

Spere, quien se había recuperado del desmayo, les explicó que su hija era muy enfermiza y seguramente la dragona la había dejado por demás impresionada.

Eol hizo sonar los cuernos para reunir a la gente en la plaza del mercado, que estaba al lado, ya que la torre destruida en la plaza principal podría caerse en cualquier momento. La gente se quejó un poco, pero lo siguieron, sabían que tenían que hablar del hechizo. De todas partes llegaban propuestas o preguntas, unos querían abandonar la aldea de inmediato, otros preferían armar Toerhu hasta los dientes y pensaban ya en buscar aliados en otras aldeas.

Algunos aldeanos, no obstante, no sabían para qué habían de reunirse. Era innecesario, estaba claro que debían encontrar el huevo, dárselo a la niña, y darle también algunas armas para que tuviera con qué defenderse durante el camino hacia el Valle de los Dragones.

Los ancianos cuchicheaban todo el tiempo, hablaban del animal que habían visto, que era tal y como sus padres lo describían, hermoso e imponente.

—En otros tiempos, Toerhu sufrió la furia de estas bestias —aseguró uno.

Temían por los jóvenes, pero no podían hacer mucho por ellos. La mayoría exigía que saliera a hablar el Sabio, seguro que él tendría respuestas y sabría qué hacer en esta ocasión. Había traído innovaciones de tierras lejanas, como las catapultas, por ejemplo. Con certeza tendría alguna solución para el problema. Sin embargo, el Sabio había salido de Toerhu y estaba comerciando productos con otras aldeas; nadie sabía cuándo volvería, aunque normalmente no tardaba muchos días en regresar.

Mientras tanto, los guardias podían concebir un plan. Ya todos estaban reunidos en el mercado, y a la pregunta del herrero sobre cómo debían de defenderse, un joven puso en tela de juicio el hechizo que había caído sobre la aldea.

—¿No has visto con tus propios ojos lo que el dragón hizo con la torre principal?, ¡y eso sin querer! —reclamó Eol.

Se escucharon muchas reacciones. Todos pensaban que claro, tal vez el hechizo era una gran mentira, pero si alguien había robado algo, era necesario devolverlo. No era recomendable enemistarse con dragones: bastaba con la visita de uno de ellos para constatarlo.

—No perdamos el tiempo, por favor. Tenemos que concentrarnos en actuar —dijo el herrero, y pensó en lo que pasaría con sus tres hijos si el hechizo resultaba ser verdad. Ellos morirían y él no podría hacer nada para salvarlos—. ¿Quién se ha robado el huevo?

Nadie contestó, pero fue evidente que cada quien volteó a ver a quién creía que lo había hurtado. Al final, todos culpaban —al menos con la mirada— a alguien, pero también eran culpados por otra persona. Hasta el momento nadie había hurtado nada en la aldea, quizá porque como era tan pequeña, pronto se sabría quién lo había hecho y la persona no podría utilizar lo robado sin ser descubierta.

Los aldeanos se quedaron callados. No era posible que fueran tan tontos como para sustraer un huevo de dragón, cuando a todas luces era evidente que el ladrón, de ser descubierto, ponía en peligro a toda la aldea, que finalmente fue lo que pasó.

—¡¿Quién ha sido?! —interrumpió Laudio, un campesino cuya mujer estaba embarazada.

No soportó más el silencio de los otros, se remangó la ropa y comenzó a recorrer la plaza del mercado. Los aldeanos lo veían con sorpresa, pues era uno de los pocos en Toerhu que nunca protestaban. Laudio se acercó a unos, quienes todavía no percibían la gravedad de su situación; al tenerlo tan cerca, negaron con la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo siento, no hemos sido nosotros.

—¡Por favor! La reina ha olido el huevo. Está aquí, en algún lugar de la aldea —reclamó el campesino, y retó con la mirada a cuanta persona tenía enfrente.

—¿Quién ha sido? —Lo apoyó Eol.

Uno de los hijos del herrero cuchicheó algo e hizo reír a sus hermanos.

—¿Han sido ustedes, bribones? —inquirió Laudio.

—¡Nos han puesto en peligro! —exclamó Eol.

Los chicos bajaron la cabeza y negaron varias veces.

—¡No mientan, por Dios!

—Deja a mis hijos. No han sido ellos. Puedes buscar en casa si te apetece —intervino el herrero—. Estos chicos son tan holgazanes que no se tomarían la molestia ni siquiera de salir de la aldea si se les ocurriera hurtar algo.

—Tiene razón —secundó Eol—. Déjalos en paz. Los hijos del herrero no han sido.

Todos suspiraron. Se sentían perdidos e incapaces de hacer algo para salir de su situación. Laudio tragó saliva, su esposa lo tomó de la mano. Sentían perfectamente la rapidez con la que corría el tiempo y ellos no habían avanzado ni un ápice contra el hechizo.

No sólo ellos sufrirían las primeras consecuencias del hechizo en la aldea; al menos una docena de mujeres esperaban ser madres y correrían la misma suerte: todas perderían a sus hijos.

—Tengo una idea —dijo temerosamente uno de los hijos del herrero—. ¿Por qué no hacemos una fila y cada uno de nosotros susurra al guardia Eol dónde está el huevo? Pasamos

todos, todos susurraremos algo. Nadie sabrá al final quién fue el ladrón, sólo Eol.

—Por favor, hijo, qué va. Necesitamos castigar al ladrón —dijo el herrero haciendo una mueca de desaprobación.

—No, no. Tiene sentido lo que dice el chico. Lo primordial ahora es encontrar el huevo; luego castigaremos al culpable como se debe. Ya hemos perdido mucho tiempo —replicó Laudio.

—Sí, lo importante es el huevo —contestó una de las mujeres embarazadas.

Se escucharon reclamos.

—¡Silencio! —gritó Eol—. ¡Silencio! Aquí empieza la fila. Vamos, hay que hacer fila. Después nos ocuparemos del castigo.

Los guardias forzaron a la gente a ponerse en la fila. Eol se acercó a una esquina, a unos diez pasos de la fila; allí los aldeanos tendrían privacidad para hacer su confesión. La fila comenzó a avanzar, algunas personas tardaban un par de segundos, otras un poco más, quién sabe qué le contarían al guardia. Poco después, se terminó la fila de los aldeanos. Los guardias se miraron, faltaban ellos: era su turno. Finalmente, todos en Toerhu susurraron algo a Eol, quien no parecía muy satisfecho:

—¿Somos... todos? —preguntó decepcionado.

—Sí —contestaron los guardias.

—No puede ser..., nadie sabe dónde está el huevo. Ninguno afirma haber robado el huevo, ni saben dónde encontrarlo.

Pero eso sí —dijo Eol colérico—, muchos de ustedes no tuvieron reparos en expresar sus sospechas y decirme quién pudo haberlo robado.

Tendremos que revisar casa por casa —exclamó en un tono autoritario que lo sorprendió a él mismo y lo llevó a aclarar su situación—... Mi esposa también está esperando un bebé —en sus últimas palabras se le quebró la voz. Él mismo no se reconocía.

Nadie se atrevió a contrariarlo.

—Guardias —interrumpió Ardt, mano derecha de Eol—, cada uno va a revisar las casas del sector al que pertenece: norte, sur, este u oeste. Eol y yo nos encargaremos del centro y de los lugares comunitarios. Si lo encuentran, vengan a avisarnos inmediatamente. O si terminan antes, ayuden a los demás con la búsqueda. ¡Vamos! —ordenó Eol y chocó sus palmas con fuerza varias veces para espabilar a sus guardias.

La gente comenzó a dispersarse, no querían que los guardias entraran a sus casas si ellos no estaban.

—¡Alto! —Indicó Eol y detuvo a Laudio, quien se apresuraba para volver a su hogar.

—¿Por qué no puedo irme? Son nuestras casas, nuestras cosas. No pueden simplemente entrar en nuestra morada. Son nuestras pertenencias —quiso reclamar.

Eol lo miró con rabia y, sin dubitar, desenvainó la espada. No quería perder más tiempo.

Dio dos pasos y apuntó con la espada al pecho del campesino. Todos retrocedieron.

—También estoy esperando un hijo —le dijo Laudio. Sintió la espada de Eol pinchándole el pecho y retrocedió lentamente—, pero eso no me da derecho a hacer cualquier cosa por combatir el hechizo. Tranquilo, Eol. No podemos perder la cabeza ahora.

Las palabras del campesino no cambiaron la actitud del guardia en lo más mínimo.

—Nos quedamos aquí, anda —dijo la prudente esposa de Laudio—, para no entorpecer la búsqueda. Mientras tanto, pensemos cómo llevar ese huevo al Valle de los Dragones. Deja que los guardias hagan su trabajo.

—Sí, ésa es una buena idea —animó Tari, la esposa de Eol—. Tenemos que buscar mapas, decidir quiénes van a entregar el huevo.

—Sí, sí, es lo mejor —secundó el zapatero y se acercó cuidadosamente a Eol, lo tomó por el brazo y lo incitó a bajar la espada.

—Vamos —dijo Ardt y le susurró a Eol que se quedara en la aldea, mientras él salía a todo galope a buscar al Sabio.

Eol, avergonzado por su comportamiento, envainó la espada.

Los demás guardias salieron prestos a buscar el huevo en las casas y los talleres de toda la aldea. Laudio sintió una perla de sudor en la frente. Serena, quien estaba en el regazo de Spere, respiró aliviada al escuchar las palabras de Tari. No la dejarían ir, o al menos no permitirían que se fuera sola. Eso la tranquilizó.

Los aldeanos se quedaron en la plaza del mercado bajo la luz de la luna esperando a que se recuperara el huevo de

dragón; algunos miraban a Serena. Se preguntaban por qué no habían intentado salvar a la partera, si lo hubieran hecho, la reina jamás habría conocido a la niña, pero pudo más el miedo.

Los guardias demoraron varias horas buscando, no hubo rincón que no escudriñaran un par de veces. Terminaron su búsqueda cerca de la medianoche, luego volvieron todos a la plaza del mercado: ninguno de ellos había hallado el huevo.

—¿Revisaron todo?, ¿cada casa? —preguntó impaciente Eol.

—Por supuesto —le aseguró un guardia.

—¿Los graneros?

—Ambos.

—¿El establo?, ¿el pozo?, ¿las nuevas casas, aquellas cerca de los Olivos?

—Todo.

—¿Qué falta?

—Falta la casa del Sabio —contestó un guardia.

Eol dudó un poco. Observó a la gente reunida en la plaza, todos estaban fatigados. Durante la espera las mujeres embarazadas habían tenido malestares en el vientre. Varios se ofrecieron a traerles agua y ocuparse de ellas. Ahora le parecían absurdas e inhumanas sus medidas, le avergonzaba haberlas hecho esperar en esas condiciones.

Pidió a los aldeanos que fueran a sus casas y se disculpó. Tari, su esposa, lo acompañaba, no quería estar sola. A ve-

ces se quejaba de raros dolores en la espalda y el vientre. Al verla, Eol supo que no le quedaba otra opción: tenía que encontrar el huevo para salvar a su bebé. Así como estaba su mujer, había varias sufriendo en la aldea. "Seguro que todos entienden mi rudeza y falta de tacto", pensó.

Llamó a tres guardias y salió con ellos a terminar la búsqueda, tenían que buscar en la casa del Sabio. Ardt, su mano derecha, todavía no volvía con el Sabio, no podían esperarlos.

Tenían que aprovechar cada momento y decidieron ir a la casa faltante.

Ésa era la primera vez que alguien entraba en la casa del Sabio. Nadie en la aldea había sido invitado a pasar, ni siquiera los guardias sabían qué había allí adentro. Por eso, al entrar, los guardias tuvieron la sensación de estar profanando un templo. Eol los conminó a pasar. Los aposentos no eran grandes, pero imponían respeto. Adentro olía a pino y aunque los guardias llevaban antorchas para iluminar, parecía que las paredes se tragaban la luz para impedirles ver con detalle lo que había.

Desde afuera la casa parecía enorme, pero curiosamente tenía apenas dos habitaciones, una para dormir y la otra era la biblioteca del Sabio.

En el dormitorio encontraron ropas y frascos llenos de líquidos que preferían no tocar. Se dirigieron a la biblioteca, allí había cacharros y extraños artilugios que sólo el Sabio sabría utilizar. En la mesa y a su alrededor había por doquier libros gordos y planos abiertos o mal enrollados.

—¡Qué desorden! —exclamó un guardia.

—Huele a polilla.

No tuvieron que buscar mucho. El Sabio ni siquiera tuvo la delicadeza de esconder lo hurtado. El huevo estaba detrás de la mesa. Lo encontraron junto con un pedazo raro de piel, no reconocían a qué animal podía pertenecer.

El huevo era muy brillante y verde y emanaba cierta luz interior. Tenía el tamaño de un perro mediano.

Eol se acercó y se atrevió a cargarlo. Era muy pesado, apenas si pudo levantarlo dos palmos del suelo y lo devolvió a su lugar.

No tenía idea de cómo el Sabio lo había transportado, pero estaba seguro de que eso era lo que reclamaba Drani, la reina de los dragones. Miró a sus colegas, los tres estaban boquiabiertos. Nadie podía creer que el Sabio fuera el ladrón.

# IV. El Sabio

Ardt había salido a todo galope con dos caballos hasta Sanán, donde se encontraba el Sabio. Tenía que contarle inmediatamente lo ocurrido y llevarlo a Toerhu cuanto antes. No tardó en descubrir su paradero, Sanán era una aldea muy pequeña, allí había solamente una posada. Encontró al Sabio en su habitación ordenando raíces y hierbas.

—Lo he robado yo —le dijo tranquilamente.

—Tenemos que volver pronto. Eol y otros guardias están planeando cómo llevar el huevo al Valle de los Dragones —apresuró Ardt.

—Dime con detalle qué ha pasado —pidió el Sabio, mientras envolvía con excesivo cuidado las hierbas que olían a lavanda pero tenían un aspecto muy desagradable, negras y con espinas.

Ardt volvió a describir la irrupción de la reina de los dragones y el hechizo que ésta lanzó sobre Toerhu. No se atrevió a decirle que las catapultas que había creado el Sabio no le habían causado daños a la reina. Tampoco le dijo que las flechas ni siquiera la rasguñaron. Todos estos artefactos no habían servido de nada para la protección de la aldea.

—¿Así que un dragón tiró una de las torres vigías de un coletazo? —preguntó el Sabio y se cruzó de brazos, parecía poco interesado en el hechizo.

—Sí —Ardt tragó saliva. Recordó que él estaba muy cerca de la torre derrumbada y de no haberse movido a tiempo, hubiera quedado sepultado bajo los escombros.

—¿El huevo es de la reina?

—No lo sé. ¿Acaso importa? —preguntó Ardt impaciente. No entendía esa actitud tan desinteresada.

El Sabio hizo un par de preguntas más sobre el tamaño y la fuerza del dragón, pero ninguna de ellas la pudo contestar Ardt con exactitud, porque tuvo que confesar que fue de los cobardes que corrieron a atajarse del peligro, y se encerró en el taller cercano a la torre, por lo que bien a bien no pudo ver nada. Lo único que había pensado, se disculpó, era que ahí estaría a salvo.

—Nunca había visto un dragón, ¿sabe? —aclaró Ardt como disculpa—. Lo hubiera hecho cualquiera. No se trata de tener o no valor...

—Por supuesto —afirmó el Sabio con una leve sonrisa—. Todavía tengo un par de negocios. Mañana, después de cerrarlos, volveremos a Toerhu.

—No podemos esperar, la gente tiene miedo. Muchas mujeres están embarazadas. Yo volveré a Toerhu y diré que el huevo está en su casa. Lo devolveremos antes de que se cumpla el hechizo, antes de que llegue la medianoche de luna llena.

—¡Ese huevo se queda donde está! —gritó el Sabio, perdiendo los estribos. Pocas veces le pasaba.

Ardt cogió su abrigo y avisó que volvía. El Sabio quiso persuadirlo, pero veía claramente el miedo en los ojos del guardia y tampoco quería que alguien tocara su botín. Ese huevo sólo podía ser suyo, tuvo que ceder.

—Volvamos, entonces; además, allá tengo mis libros. En ellos vendrá en alguna parte cómo combatir dragones. Y entonces

ya veremos. No hay nada de qué preocuparse —agregó y le dio una palmadita en el hombro al guardia. Quería tranquilizarlo y volver a ganar su confianza.

Los dos hombres se quedaron mirándose un momento sin decir nada. Había desconfianza en ambas partes.

—Tenemos que devolverlo. No hay por qué combatir a nadie —aclaró Ardt. No le parecía normal la actitud del Sabio.

—Cuando veas el huevo, entenderás...

"Pero no hay nada que entender", pensó Ardt.

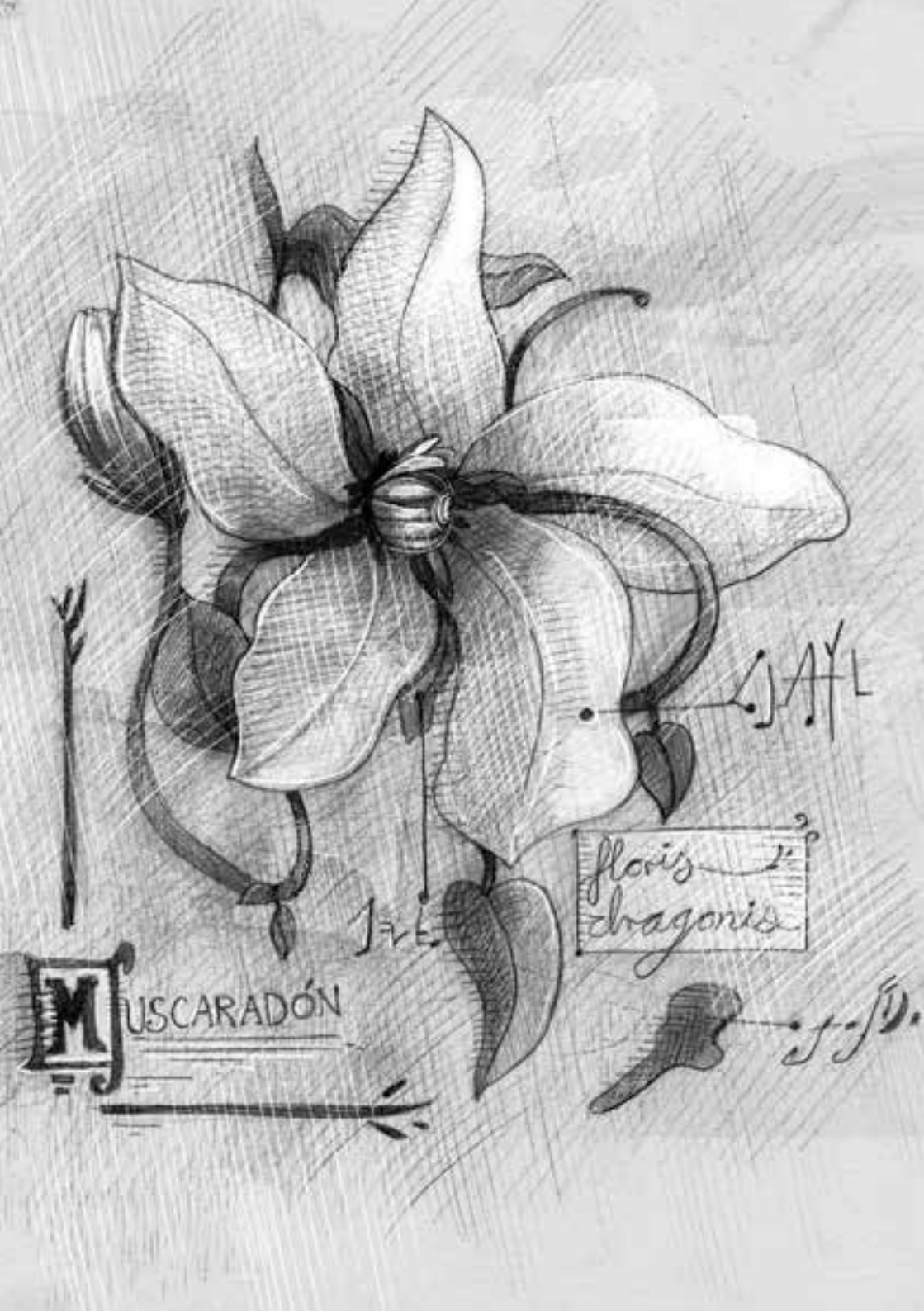
Lo que había visto era suficiente para saber que nadie se hacía enemigo de un dragón y mucho menos una aldea tan débil e insignificante como la de ellos.

El guardia guió al Sabio hasta los caballos y acomodó con dificultad su equipaje en las alforjas. Le pareció muy pesado lo que llevaba, a pesar de que se trataba sólo de papeles y plantas. Finalmente lo ayudó a montar el caballo.

—Ya me contará en el camino qué ha venido a intercambiar aquí.

—Tú me conoces, hierbas y libros viejos —dijo el Sabio y con los talones golpeó los ijares de su caballo para iniciar la marcha. Apenas si pudo ocultar su sonrisa maliciosa.

En el firmamento se reconocía la luz de la luna que pronto estaría llena. Esa noche estaba amarillenta y pocas estrellas se divisaban pese a que el cielo estaba despejado. Los caballos salieron a todo galope.


MUSCARADÓN

# V. El huevo

Ardt y el Sabio arribaron a la aldea cuando el día estaba clareando. Sus caballos venían fatigados y ellos sólo habían parado una vez para ajustar las alforjas. Al entrar, no vieron a nadie en las calles, quizá porque todavía era muy temprano, siguieron hasta la casa del Sabio y vieron velas y antorchas encendidas.

La casa del Sabio ya no era tabú para nadie; algunos guardias esperaban en la biblioteca, y aunque no sabían leer estaban fascinados con los planos y pergaminos que había a su alrededor. Ninguno había dormido, no podían conciliar el sueño, muchos eran víctimas del hechizo y temían por sus esposas e hijos. Les urgía llevar el huevo al Valle de los Dragones.

—Permiso, necesito ver el huevo. ¿Lo han dañado? —Entró, diciendo el Sabio sin explicar por qué lo había robado. Estaba sorprendido de ver por vez primera tanta gente en sus aposentos—. Por las descripciones que me ha dado Ardt, ha sido la reina de los dragones quien nos ha visitado.

Los guardias entornaron los ojos, aquella información ya la sabían, no había necesidad de que el Sabio la repitiera.

—Ése no es el problema... —Lo interrumpió Eol.

—Nada, nada. No es para que nos pongamos ahora todos en pánico. En mis libros está la respuesta —retomó la palabra y respiró aliviado al ver el huevo.

Los guardias se quedaron atónitos. ¿Qué planeaba este hombre?, ¿por qué no entendía, como todos los aldeanos, la

gravedad del asunto? Apenas el Sabio estuvo en la biblioteca, inspeccionó el huevo, lo palpó y se aseguró de que estuviera intacto. Luego, discretamente, estudió la mesa: allí seguía el pedazo de piel de dragón, todos lo habían ignorado y, por fortuna, habían obviado su importancia. Al final, pidió a los guardias que salieran de la biblioteca y lo esperaran afuera. Mandó a Ardt por las alforjas. Eol quiso decirle que tenía un plan para llevar el huevo al Valle y también quiso decirle que había improvisado un arnés para que la niña lo llevara en la espalda y tuviera a la vez las manos libres, pero el Sabio cerró las puertas tras de sí.

A pesar del deseo generalizado de deshacer el hechizo, pesó más la autoridad del Sabio entre los guardias. Nadie pudo imponérsele y aceptaron cual corderos ser echados de la estancia. Desde afuera los guardias escuchaban pegados a las puertas cómo el Sabio hablaba consigo mismo; se preguntaba en qué libro había ya leído sobre una profecía o, al menos, sobre la reina de los dragones. Los guardias oían cómo caminaba de un lado al otro y sus pasos hacían crujir la madera del suelo. Viéndose a solas y protegido por cuatro paredes, el Sabio escondió el pedazo de piel de dragón y fue por el *Libro de los Dragones,* un libro gordo con cubierta de piel. Tenía hojas gruesas llenas de dibujos que habían escrito varias manos en diferentes lenguas, a través de los años. En él no sólo había grandes imágenes y explicaciones, sino también encantamientos y correcciones a la información que otros habían escrito antes. Además, en aquel libro había fechas de batallas que posiblemente nadie conocía en Toerhu. En las últimas semanas lo había consultado un par de veces.

Miró las primeras hojas. Debía tener cuidado con lo que le contaba a sus guardias. Siguió hojeando hasta que se detuvo en la única página rota, la página de la profecía. Su padre, quien había adquirido el libro hacía décadas, nunca consiguió descifrarla, a pesar de que había buscado la ayuda

de magos y traductores. En su familia tampoco habían tenido suerte, nadie había podido saber si eran patrañas todo lo referente a aquella página misteriosa, o si se trataba de una profecía real. Desde que tenía memoria, todos sus familiares habían buscado por doquier el pedazo faltante, por desgracia, sin éxito. La hoja incompleta no parecía falsa, insistían todos. La profecía prometía mucho, pero mucho poder a quien la descifrara. Por ello su familia siempre albergó la esperanza de encontrar el pedazo faltante y justo por eso no podía compartir su fragmento con nadie.

Por lo pronto, tenía que mantener alejados a los dragones y así recuperar la confianza de sus hombres, debía buscar algún tipo de defensa. Pasó varias veces las páginas del libro hasta que encontró lo que buscaba, sonrió emocionado y luego, como si realmente estuviera sorprendido, gritó:

—¡Muscaradón!, pétalos de muscaradón. Lo sabía.

De improviso reabrió las puertas de la biblioteca de par en par antes de que a los guardias les diera tiempo de alejarse de ellas para disimular su curiosidad. Los hizo pasar nuevamente a la biblioteca, mientras él volvía hasta su mesa. Uno de los guardias notó que el pedazo de piel rara había desaparecido del lugar, pero no dijo nada.

—He encontrado la manera de combatir al dragón —dijo el Sabio golpeando la mesa y exagerando su sonrisa.

Los guardias no pudieron ocultar su incredulidad. Pensaban que decía aquellas palabras porque no había visto a la reina de los dragones, ni había constatado su majestuosidad en la plaza principal, su cuerpo había ocupado casi un tercio de la plaza, recordaban algunos, pero eso al Sabio no le importaba, sonreía orgulloso. Se sentía aliviado, al fin y al cabo, se alegraba de que estuviera pasando todo esto: la

visita de la reina posiblemente tenía que ver con la profecía. Ésta era su oportunidad para descifrar el significado de la página incompleta, algo dentro de él se lo decía. Haría todo lo posible por defender su huevo y el pedazo de piel.

—¡Ahora, a buscar muscaradón! —mandó. Era importante dar órdenes rápidamente a los guardias. Si tardaba más, lo cuestionarían y él no quería perder su influencia entre tantos hombres. Reconocía claramente las primeras miradas descontentas.

—Pero..., ¿y el hechizo? —dijo Ardt, quien tenía cargando en las manos las alforjas—. Si no hacemos nada, nuestras mujeres y niños... morirán frente a nuestros ojos.

"¡Maldición!", pensó el Sabio. Había tardado mucho en Sanán y al estar solos estos hombres se contagiaron unos a otros el miedo que tenían. Iba a repetir la orden con mucha más autoridad, pero los puños de algunos guardias lo pusieron sobre aviso. Sólo había una forma de seguir manipulándolos y ésa era contarles la verdad o, mejor aún, hacer como si les contara la verdad.

—¡Patrañas! —replicó el Sabio y fue por el *Libro de los Dragones*—. Por eso la gente es tan asustadiza, porque creen todo sin cuestionar lo que se les dice. Yo ya sabía que esto iba a pasar y sé qué hacer; aquí lo tienen, miren.

El Sabio abrió el libro en la página rota, aquella que, en los últimos cincuenta años, solamente había visto su familia. Les mostró el dibujo, en ella se apreciaba un gran dragón, a su lado, casi oculto, había un huevo y un cetro tirado; algunas letras acompañaban la página. El Sabio se alegró al recordar que casi la mayoría de los aldeanos eran analfabetas y no podrían leer aquellas palabras: no podrían contradecir lo que él explicara.

Cuando los guardias clavaron sus ojos en el dragón y el huevo, cambiaron de semblante, estaban muy sorprendidos. "El Sabio, como siempre, iba un paso adelante de ellos", pensaron. El dibujo los había convencido de que el Sabio tenía razón, sólo Eol tenía sus dudas.

Sin chistar, muchos fueron hacia Ardt, esperaban órdenes suyas para comenzar la búsqueda del muscaradón. Ardt se encogió de hombros, seguía boquiabierto, era demasiada casualidad la semejanza del dragón dibujado con la reina, posiblemente el Sabio estaba en lo correcto y ellos habían reaccionado como indefensas ovejas ante el aullido de un lobo. Improvisó un plan, mandaría sólo a dos hombres a la Vega de las Flores para buscar muscaradón. Los demás se dedicarían a reconstruir la torre y a reparar las catapultas con la ayuda de los aldeanos; también ordenó revisar los cuatro portones de la aldea: nadie debía entrar o salir de Toerhu. "Mejor tomar precauciones". El Sabio los miró aliviado y dio un gran suspiro. Había sido fácil convencerlos. Cerró con cuidado el libro. Nuevamente había conseguido imponerse. ¿Le estaba dando demasiado crédito a la profecía como para robar el huevo y poner en peligro a toda la aldea? Él sabía que tanto leyendas como cuentos son útiles para transmitir información en clave, de esta manera no cualquier persona entendería el mensaje, pero que también sirven para asustar a aquellos habitantes comunes, aquellos que se lo creían todo. Vaya que él lo sabía perfectamente.

Únicamente esa página incompleta se le escapaba, en cuanto tuviera un momento a solas revisaría las palabras otra vez más, porque quizá precisamente ahora, gracias a la visita de la reina, estaba cerca de adivinar el mensaje faltante. Mientras tanto, Ardt daba las últimas instrucciones a los guardias.

—Tú y tú —señaló al azar—, salgan ahora mismo a la Vega de las Flores. Tienen que traer todo el muscaradón posible.

Eol, pon atención, escoge a dos hombres fuertes que sean muy buenos jinetes y conozcan los alrededores como la palma de su mano. Éstos esparcirán las flores de muscaradón por todo el Valle de los Olivos, haciendo un círculo de protección para la aldea. Tienen que conocer cada rincón para no dejar nada desprotegido.

—No, no —se entrometió el Sabio—, ve por Alón y Enti, las hijas del zapatero.

—Pero... —interrumpió Eol.

—Ellas son las jinetes más ligeras y rápidas que tenemos. Tardarán mucho menos que los guardias.

—Son unas niñas, no tienen ni quince años... —protestó Eol.

—Tal vez lo que propone el Sabio sea lo mejor —interrumpió Ardt—. Son lo más parecidas a Serena, no sabemos si la reina de los dragones nos observará en el trayecto. Además, son muy valientes y, según tengo entendido, conocen a la perfección nuestro Valle. Ellas son las mejores que podemos enviar, no se perderán en el camino y si las ve la reina, verá que son niñas.

El Sabio asintió varias veces.

—¿O acaso pensaban mandar a la pequeña y débil Serena a un Valle que no conoce y donde se perderá inmediatamente? —preguntó el Sabio con un tono de desaprobación.

Los guardias bajaron la mirada y negaron con timidez. Eol sospechó que el Sabio tendría sus razones y tuvo que hacerse a la idea de enviar a dos pequeñas fuera de la aldea sin darles protección alguna.

—Las niñas saldrán en un par de horas, cuando los guardias traigan el muscaradón —avisó Ardt—. Llevarán nuestros mejores caballos, esparcirán las flores y así nos defenderán. Debemos estar listos pronto, también llevarán un cuerno para llamarnos en caso de que necesiten ayuda.

—¿Y el huevo? —preguntó Eol—. Ardt, he construido un arnés. Después de esparcir el muscaradón, Alón y Enti tienen que llevar el huevo al Valle de los Dragones.

—No hará falta, nada de devolver el huevo. Encontré la forma de combatir a la reina: el muscaradón.

—Pero tenemos que... —intervino Ardt.

—Nada —interrumpió el Sabio—. No será necesario, ve por las hijas del zapatero, Eol.

—Si descubren que no hemos mandado a Serena, entonces nos...

—No lo harán, las niñas llevarán ropa de Serena y el rostro cubierto.

—Si a Enti y Alón no les da tiempo de llevar el muscaradón y nos atacan los dragones, no podremos contra ellos... —replicó Eol.

—Los enfrentaremos —dijo el Sabio con una seguridad aterradora.

Los guardias quisieron decir algo más, pero el Sabio los echó de su biblioteca a empellones y volvió a cerrar las puertas. Eol apretó los puños y se mordió el labio, estaba convencido de que el Sabio causaría la condena de Toerhu.

# VI. Serena

"La noche que Drani visitó Toerhu hacía frío", recordó Serena. Había ayudado a su madre a alimentar a los caballos y a cepillar al par de burros que tenían. Iban de camino a casa cuando repentinamente sintió algo raro, ajeno al lugar. El viento soplaba con fiereza, como anunciando una desgracia, y las antorchas que llevaban se apagaron.

—Hija, todavía hay un poco de luz, no te preocupes —dijo Spere, quien sentía el miedo de su hija.

A Serena nada le parecía más desagradable que ver caer la noche y percibir cómo los sonidos se multiplicaban, ya fueran de las aves, la madera de casa, o simplemente ramas golpeadas por el viento. Si algo tenía Serena, era imaginación. De aquellos sonidos podía involuntariamente formar monstruos hambrientos, enormes elefantes furiosos que movían sus cabezas. Su padre le había contado tantas historias de bestias lejanas, y se las había descrito con tanto detalle que a ella le resultaba fácil reconstruirlas por sonidos.

—Vamos, hija —la apresuró su madre.

—¿Qué es eso? —interrumpió Serena.

—¿Qué? —insistió la madre con un presentimiento nefasto en el pecho.

—Ese aleteo. Es como un animal de alas gigantes, enormes.

—No es nada, hija. Seguro que tienes fiebre y empiezas a imaginar cosas. Nos iremos por la plaza, allí todavía hay luz...

—Viene hacia nosotros, es un animal inmenso —sentenció la niña.

Spere sintió calosfríos por todo el cuerpo, tocó la frente lisa y joven de Serena y frunció el ceño. No era fiebre, todo parecía estar normal con su hija. "Tal vez el cansancio", pensó la madre.

—Ahora que lleguemos a casa, comeremos la hogaza completa de pan —dijo Spere apretando el paso.

—Se está acercando muy rápido, mamá —Serena se giró y con el índice apuntó hacia el ocaso—. ¡Tenemos que escondernos!

Spere intentó avistar algo, pero la penumbra se lo tragaba todo.

—No es nada, hija —quiso tranquilizar a Serena y apretó varias veces su menuda mano.

—Es... ese animal del que contaba papá..., ese que nadie ha visto en Toerhu...

Apenas Serena terminó la frase, Drani apareció sobrevolando la plaza. Era un animal inmenso, que medía dos veces lo que el granero. Su cuello era tan largo como las torres, su aleteo era imposible de ignorar, poco a poco fue saliendo la gente a mirar qué estaba aconteciendo a esas horas en la aldea.

Ancianos, niños y adultos salían por igual armados con algún palo o fierro. Todos miraban hacia el firmamento, casi nadie pudo reprimir un grito de miedo al ver la figura de Drani volando encima de sus cabezas.

—¡Es un dragón! —exclamó Serena embelesada por el cuerpo brillante que se movía como una serpiente con alas—. ¡Es hermoso! —agregó y se quedó boquiabierta.

—¡Al callejón! —ordenó Spere.

Pero Serena no prestaba atención a otra cosa que no fuera la reina de los dragones, no conseguía dejar de verla. Sabía que tenía que obedecer a su madre cuanto antes, pero no podía mandar en su cuerpo, sus músculos estaban agarrotados y carecían de voluntad. El vuelo de Drani le resultaba hipnotizante.

Spere tuvo que llevársela a empellones, le pidió que no gritara y que tuviera cuidado con sus pasos. Serena no entendía nada, seguía con la mirada en el cielo, escuchaba que la gente corría de un lado a otro y gritaba a pesar de que el dragón no había atacado a nadie. Algunos habían tropezado, no lograban ponerse de pie y nadie los ayudaba.

De repente, Serena escuchó explosiones, eran las catapultas que había creado el Sabio: los guardias habían decidido atacar. El estruendo causó una mayor confusión en la plaza. Spere encontró un escondite para Serena, pero no había espacio para las dos, así que hizo entrar a la niña. Mientras tanto Drani destruía una de las catapultas. Al verse sin armatostes, los guardias salieron huyendo para resguardarse. Spere seguía buscando algún rincón, en ese momento Drani la capturó.

—Se la comerá —susurró un guardia desde una de las torres vigías. Nadie lo escuchó, su hilacha de voz se perdió a dos pasos.

En la plaza nadie abandonó su escondite o su puesto para ayudar a Spere, ni siquiera después de haber escuchado sus gritos al ser estrujada por la reina. Serena salió en su ayuda, Drani la miró con sus pupilas color turquesa y liberó a la madre, que estaba muy lastimada como para ponerse de pie. Luego, empujó a la niña, antes de capturarla, la observó

unos instantes, olía su miedo, la pequeña estaba petrificada y en su menudo cuerpo lo que se percibía era temor.

Serena cerró los ojos, la garra que la tenía presa estaba fría, tenía tres dedos largos inmensamente gélidos, como si estuvieran hechos de hielo. Sin poder controlarlo, se orinó en la pata de la reina, pensó que aquello la enojaría aún más. Abrió los ojos, vio claramente cómo Drani le sonreía, intentó liberarse, pues el frío de los dedos la agotaba con cada intento y casi la hacía dormitar; esa garra le robaba toda su energía.

Serena entendió que lo mejor era no moverse y luchó por mantener los ojos abiertos lo más posible, sentía que sus párpados pesaban tanto... Vio que la reina tuvo que defenderse de diminutas flechas, algunas que erráticamente iban contra ella, y que Drani la protegía; luego, cuando el ataque se detuvo escuchó la voz profunda de la reina que se dirigía a todos los aldeanos. Estaba ahí como si en realidad no lo estuviera, como si todos los acontecimientos fueran una historia más de aquellas que su padre tan vívidamente le contaba. Con cada parpadeo Serena caía más profundamente en el sueño.

La reina abrió su garra y la dejó ir. Serena sintió un extraño cosquilleo por todo su cuerpo, detrás de las orejas, en las puntas de las yemas, parpadeó un par de veces. Los aldeanos demoraron en salir de sus escondites, su madre se arrastró hasta ella y la abrazó, ambas tiritaban de frío.

—Aquí estoy, hija.

Como todos los demás, fueron a la plaza y obedecieron en todo momento a Eol. Volvieron a casa pasada la medianoche, se vistieron con medias y vestidos de lana gruesa para dormir, y aun así el frío que sentían parecía no querer irse de sus cuerpos.

—¿Cuándo tendré que partir? —preguntó la niña.

—No permitiremos que te manden, hija. Deja de pensar en ello.

—Dos días tenemos —dijo la niña—. No sé si lo conseguiré.

Se recostó en el regazo de su madre, cerró los ojos con fuerza para imaginarse mejor lo que le esperaba. No sabía qué había afuera, cómo serían el Valle o las Vegas aledañas; nunca había salido de Toerhu, sólo conocía el exterior por lo que su padre le había contado. "Nunca tengas miedo de las bestias", le decía él siempre. A pesar del miedo, ella ansiaba con fuerzas volver a ver a Drani u otro dragón.

Serena temía no regresar de su viaje. "¿Si fracaso y nadie me perdona?", pensó. Apretó aún más los ojos.

—Deja de pensar, Serena —le pidió Spere acariciándole la frente. La niña sudaba.

Serena abrió los ojos y buscó los de su madre. Cuán pequeños eran, cuán amedrentados estaban, no así los de la reina, grandes, llameantes, valerosos. Nunca había visto una mirada así.

Esa noche fingieron dormir, esperaron el amanecer sin decirse nada. La aldea tampoco descansó, por todos sus rincones había susurros y voces, pasos que iban de un lugar a otro. En la madrugada, alguien avisó a gritos que por fin lo habían encontrado, Serena lo escuchó claramente y se llevó ambas manos al pecho, sabía que era hora de llevar el huevo de dragón a la Cueva de los Orígenes. En ese instante supo que ése y no otro era su destino.

# VII. El muscaradón

Los guardias enviados a la Vega de las Flores por el muscaradón lo encontraron en abundancia y llevaron a Toerhu cuanto pudieron. Desde que despuntó el día Enti y Alón, las pequeñas jinetes, se preparaban para el viaje. El Sabio les había explicado que deberían tener cuidado en el camino, que por su propia seguridad deberían cubrirse el rostro, pues no podían dejarse ver. A quien les preguntara por su identidad debían contestarle que eran Serena, la hija de la partera.

El sol se veía ya con claridad, anunciaba la hora de partida. El Sabio les dio un pequeño mapa y las últimas indicaciones para que avanzaran lo más rápido posible. A petición de varios aldeanos, las niñas no sólo esparcirían el muscaradón por el Valle de los Olivos, sino también por las faldas de la Colina de los Lobos. Así, si los dragones venían debían sobrevolarla.

Los demás habitantes de Toerhu estaban en la plaza principal y seguían instrucciones de Ardt y Eol. Habían recogido los escombros desde muy temprano y ya se organizaban para reconstruir la torre y reparar las catapultas. Algunos no estaban seguros de que funcionara el plan del muscaradón, pero no tenían una mejor propuesta, otros no dudaban del éxito, pues los soldados habían contado ya sobre los dibujos del libro que les había mostrado el Sabio.

Enviar a Serena a devolver lo robado era una solución que les parecía a muchos vana, pues no había posibilidad alguna de que la niña, tan pequeña, tuviera éxito. Sin embargo, un puñado de aldeanos pensaba que todo saldría mal si no entregaban el huevo tal y como la reina lo había solicitado. Laudio, el campesino, por ejemplo, era uno de ellos.

—Al Sabio no le importa lo que nos suceda, ¡debemos mandar a la niña! —dijo Laudio a quienes ayudaban en la plaza principal—. Mi mujer lo está pasando muy mal.

—Y la mía.

—La mía también. No es normal —dijo Eol ante la sorpresa de los aldeanos. Todos daban por sentado que él, al ser un guardia, estaba de acuerdo con las decisiones del Sabio.

—Tenemos que enviar a la niña, busquemos a Serena.

—Vamos por ella ahora mismo, robemos el huevo de la biblioteca —dijo, repentinamente, Eol—. Ya casi es mediodía, mi mujer ha tenido dolores toda la madrugada.

—Sí, que no se dé cuenta el Sabio. La acompañaremos, pero dejaremos que ella sea quien entregue el huevo, los dragones no se enterarán.

—¿Y el Sabio? —preguntó Ardt.

—No tiene por qué saberlo.

Todos asintieron.

—¿Darme cuenta de qué? —dijo el Sabio. Los guardias enmudecieron. Ha llegado el muscaradón, necesito su ayuda, tomen un poco y trasplántenlo alrededor de Toerhu. No pierdan ahora el tiempo con la torre o reparando las catapultas, aquellas labores pueden esperar. Por la tarde se pueden encargar de eso.

Los hombres se encogieron de hombros, resignados. Eol guiñó un ojo. Laudio y Ardt entendieron que había que seguirle el juego al Sabio.

—Vamos —dijo Ardt y miró a sus compañeros—, empecemos por el granero.

—Ya verán, estoy en lo correcto. Ah, y, Eol olvida eso de enviar a la niña.

El Sabio sonrió, tomó un manojo de muscaradón y se lo acercó a la nariz para olerlo profundamente. Dio media vuelta y se fue a despedir de Enti y Alón, las jinetes, quienes ya deberían estar listas para partir.

# VIII. El plan

En la cocina, Serena desenredaba cuidadosamente las raíces del muscaradón que le habían dado en la plaza del mercado y que debía plantar en la muralla norte, cerca de los establos. Le sorprendía que algo tan pequeño tuviera un efecto letal en seres tan grandes como los dragones. Guardó un poco en un frasco, le pareció buena idea. Si la mandaban a devolver el huevo, ella podría llevar un poco entre sus ropas. Hasta el momento, todo indicaba que el Sabio tenía la situación bajo control, pero ella presentía algo raro.

Spere estaba afuera, alimentaba a las gallinas mientras tarareaba una canción que siempre entonaba su esposo cuando era tiempo de recoger la cosecha:

*Duerme, florecita, duerme ya.*
*Para que mañana florezcas con tu bondad.*

De improviso no se escuchó más su canturreo.

—¿Mamá? —susurró Serena, pero nadie respondió—. ¿Mamá? —Se atrevió a llamar con más fuerza. Sintió entonces un pinchazo en el corazón. Soltó el muscaradón que tenía entre las manos y fue caminando a hurtadillas, quería asomarse. Antes de que saliera, alguien apareció de repente, le cubrió la boca y se la llevó cargando. Al salir alcanzó a ver a su ma-dre que estaba amordazada, también la llevaban, al lado de ella estaba Ardt.

Quien la llevaba cargando pasó con cautela por entre la aldea, había otros aldeanos, quienes distraían a los guardias para que no la vieran. Serena intuyó que eso no lo había ordenado el Sabio.

Por fin llegaron a una callejuela vacía y la persona que la llevaba le susurró al oído que no gritara nada.

—Tienes que ir tú, Serena. Tienes que ayudarnos, el Sabio jamás lo permitirá y si lo hace, será demasiado tarde —dijo la voz, y dejó de apretar con fuerza la boca de la niña.

—¿Laudio?

—Sí —contestó. Soltó a la niña, pero se quedó detrás de ella, tenía vergüenza de verla a los ojos—. Somos varios, Serena, te ayudaremos con lo que sabemos de los peligros del bosque.

La niña lo miró, parecía un hombre tan desamparado y de repente tan enjuto, como si él también hubiera experimentado la frialdad de la reina.

—Laudio..., entiendo tu miedo, pero no me pueden ayudar, la reina dijo que...

—Eol tiene una idea. Además, no te estaríamos ayudando. Su plan es que él y yo hablemos durante todo el camino. Hablaremos sobre lo que hemos visto y vivido en el bosque. No es ayuda eso, sólo recitaremos lo que sabemos, pero serás tú sola la que tendrá que decidir qué hacer con lo que contamos..., qué ruta tomar... Ni él ni yo te diremos en qué dirección seguir o si te estás equivocando de sendero.

Laudio no tuvo que explicarle mucho más, la niña casi le leía el pensamiento y justo por eso se sintió en confianza con él.

—Tengo miedo —dijo Serena.

—Te lo contaremos todo, absolutamente todo. Sabrás hacer fuego, distinguir hierbas venenosas. Tú eres la única que puede intentarlo.

—No voy a poder enfrentar a un dragón —dijo Serena al ver cómo la llama de la esperanza se encendía en las pupilas del hombre.

—No necesitas..., para eso llevarás el huevo —Laudio la llevó hasta la torre derribada.

Eol y el curtidor habían robado el huevo, mientras el Sabio preparaba a las jinetes. Al principio, habían planeado que la niña llevara todos los libros que trataban de dragones que había en la biblioteca del Sabio, pero no tenía caso, Eol no sabía leer bien y la niña no podría cargarlos; además, el Sabio notaría enseguida la ausencia de sus libros y sospecharía que alguien habría también tomado el huevo. Por supuesto que lo iba a notar, pero no había por qué apresurar ese momento.

Laudio la condujo hasta la torre derribada, donde ya esperaban Eol y otros aldeanos. La torre les había parecido el escondite perfecto porque estaba a la vista de los guardias y ellos jamás sospecharían nada, porque a la primera mirada rara, con rapidez todos fingirían que ayudaban en la restauración de la torre.

Eol había dejado el arnés improvisado al lado del huevo, la niña tendría que darse cuenta para qué le podría servir. Les quedaba claro que debían respetar una regla: No ayudarla.

Todos sonrieron al verla llegar. Serena reconoció a Tari, la esposa de Eol, que estaba sentada al lado de una montaña de escombros y arena y tenía ambas manos en el vientre y se lo acariciaba en círculos.

—Pasa Serena, aquí va a estar tu madre el tiempo que estés fuera. Tenemos un plan, acércate —explicó Eol, que parecía querer exprimir cada segundo de tiempo que tenían.

Para Serena estaba claro que la esperaban con impaciencia y les urgía llevarse de Toerhu el huevo. No tenían tiempo para charlar con ella, en el suelo y con gravilla estaba dibujada la muralla de Toerhu. Eol señaló dos puntos con un bastón.

—Miren todos, aquí y aquí ahora no hay guardias. ¿Qué les parece?

—Creo que por allí, si alguien quiere salir de la aldea lo puede hacer sin que nadie se entere —dijo Tari, respetando la regla: No se podía ayudar a la niña.

Serena entendió lo que estaban haciendo, y también que en ese momento definía el resto de su vida. Quiso salir corriendo, pero había tantos aldeanos mirándola que no pudo dar ni un paso.

—... No sé..., no sé si puedo ir. No sé si... Las dudas, el miedo y la incertidumbre la rodearon de golpe. Ella era sólo una niña, ¿cómo podría superar tantas dificultades? Era imposible que llegara a tiempo o sin perderse. Y si ya eso era difícil, mucho más difícil aún era encontrar ese Valle de los Dragones, lugar que, por supuesto, ella ni conocía. Tari la observó, sabía la tormenta de pensamientos que estaban paralizando a la pequeña. Se levantó y retiró un poco de arena de la montaña que custodiaba, sus manos quedaron cubiertas con una fina capa de arena. A lo lejos un par de guardias seguían trabajando, sin prestar atención a la torre.

—Ven, Serena, acércate. Quiero que veas lo que escondo aquí. Es hermoso.

De entre los escombros se dejó ver una parte del huevo que no sólo maravilló a la niña. Los otros aldeanos, a pesar de que ya lo habían visto antes, volvieron a suspirar asombrados.

—Increíble —dijo la niña—, es como... en mi sueño.

Todos se miraron sorprendidos; Serena había visto aquella figura varias veces, sobre todo cuando tenía fiebre. En esos sueños su padre llegaba a casa gritando y le avisaba que le traía una sorpresa. Se bajaba del caballo y abría presuroso las alforjas, pero cuando estaba a punto de darle el huevo a Serena, ella despertaba.

—¿Quieres venir a tocarlo?

Serena se atrevió a dar lentos y cortos pasos que la acercaron imperceptiblemente a Tari. El huevo empezó a emanar una luz verde con cada paso de la niña. Sin darse cuenta Eol y los demás retrocedieron por temor. Serena se detuvo frente al huevo y se atrevió a tocarlo, estaba frío y húmedo. Sintió un hormigueo en sus yemas al tocarlo.

—Tienes que devolverlo tú, Serena —Laudio se acercó y se agachó. Apenas si pudo cargar el huevo. Con esfuerzo se lo entregó a Serena para que ella lo tomara.

La niña intentó rechazarlo, le parecía inmenso, mucho más grande que en sus sueños.

—Lo puedes cargar —dijo Tari.

Los aldeanos miraron con incredulidad la escena: el huevo era pesado y enorme. Jamás alguien podría llevarlo de vuelta al Valle de los Dragones sin ayuda y mucho menos una niña enfermiza. Serena tragó saliva. Nuevamente Tari la conminó a cargarlo. La niña miró sus manos, ladeó la cabeza. La luz que emanaba el huevo enfriaba el ambiente.

Serena creyó que cuando lo intentara cargar, quedaría aplastada no sólo porque el huevo era gigante, sino además

porque parecía seguir creciendo. Pensaba que su única oportunidad de salir de esa situación, se daría cuando intentara cargarlo y los demás vieran que no tenía caso mandarla, que era muy débil para ello. Se le caería enseguida y así ella podría decir que no, o alguien lo diría. La certeza de su debilidad la convenció de estirar los brazos, al recibirlo, y ante la sorpresa de todos, Serena no lo tiró.

Nadie lo podía creer, pero de todos la más sorprendida fue la niña. Serena tuvo que ver a todos para comprobar que realmente estaba sucediendo, que tenía entre sus brazos un huevo de dragón que nadie más podía cargar, ¡realmente ella era la elegida!

—¡Es tan ligero...! —exclamó Serena con una felicidad que la sorprendió.

—Esto es increíble, he necesitado dos hombres para levantarlo y la niña puede mantenerlo entre sus brazos sin problemas.

Tari suspiró aliviada. De repente, Serena vio tirado el arnés que habían ideado para ella.

—¡Seguro que aquí podré llevarlo! —dijo y los demás se rieron.

—Sí, qué buena idea —dijo Eol y recordó la última vez que vio al padre de Serena: tenían la misma mirada infantil, limpia y sincera.

—Tari, ¿cómo sabías que podría cargarlo?

—Lo he soñado, pequeña —contestó la esposa de Eol y estuvo a punto de continuar, pero recordó la regla—. Y...

Serena lo intuyó.

—¿Qué más has soñado?

—Que saldrás de Toerhu antes de que vuelvan las jinetes y llevarás el huevo en ese arnés que has encontrado; también que llegarás a tiempo, Serena. Te agradezco lo que haces por mí y todas las familias de Toerhu.

Se hizo un silencio breve esta vez lleno de esperanza, Eol y Laudio se prepararon para partir con la niña. Serena sonrió y se abrazó aún más al huevo. Confiaba en las palabras de Tari, quien miró a la niña y dejó correr un par de lágrimas, sin atreverse a contarle todo lo demás que había visto en aquel sueño premonitorio.

# IX. Alón y Enti

La segunda hija del zapatero, Alón, cerró con firmeza la última alforja. Toda la aldea se había reunido para despedirlas; el Sabio pidió a los guardias que abrieran las puertas.

Los aldeanos tuvieron que entornar los ojos, afuera en el Valle se extendía una rara bruma amarillenta y el horizonte parecía un tanto borroso. Enti le dio un golpe a su caballo para espabilarlo. También ella estaba lista. Las niñas se cubrieron el rostro para que nadie afuera pudiera reconocer su identidad e iniciaron la marcha. Ambas tenían miedo, a pesar de que estaban rodeadas de esa hierba rara, el muscaradón, y de que ningún dragón podría atacarlas. Cuando atravesaron los portones de la aldea, una vez afuera de Toerhu, entre esa rara bruma ocre, estaban solas y tenían miedo.

Cuando las mujeres embarazadas las vieron cruzar la salida, se abrazaron entre ellas. Había esperanza, pero a un alto precio. Una mujer joven comenzó a llorar de la emoción y otra no paraba de darles bendiciones. Los hombres adultos no lo decían, pero sentían una gran admiración por la valentía de las pequeñas. Se preguntaban qué habrían hecho ellos en los zapatos del padre, quizás habrían escondido a sus hijas o habrían impedido a toda costa que las enviaran solas.

—Dejen los sentimentalismos, todo saldrá bien —aseguró el Sabio, quien era el único que sonreía. Estaba seguro de que su plan era infalible.

Sin embargo, los aldeanos estaban muy preocupados; tenían fe en el Sabio y ya muchos habían oído de la imagen del dragón en uno de los libros que él poseía, pero también sabían que con la llegada de la luna llena descubrirían, apenas, si

habían decidido bien o mal. Si fuera lo segundo, algunos habitantes escarmentarían en carne propia las consecuencias.

—Sigan con las reparaciones y si sobra muscaradón, pongan donde haga falta. No se queden allí sin hacer nada, ni pierdan el tiempo —regañó el Sabio.

—Vamos, ¡a trabajar! —dijo una voz.

Los guardias de los portones recogieron las cadenas, había que cerrar nuevamente las pesadas puertas de madera. Otros guardias repartieron armas entre los aldeanos, la mayoría eran palos, arcos y flechas que ellos mismos no usaban por su imprecisión y corto alcance. Pero estaban decididos a usar cualquier artefacto para tener algo que arrojar llegado el caso de un ataque.

—Tome, por favor. Si los dragones quieren atacar... —Le insistió el guardia a un anciano, quien no quería recibir su arco y sus flechas.

—¿Qué con ello?, ¿intentamos contener su ataque con endebles flechas que un viejo como yo podría romper con sus propias manos?

El guardia suspiró, se llevó el arco y las flechas y se los ofreció a alguien más.

A mediodía la aldea hizo una pausa. Hacía mucho calor y no se veía nube alguna en el cielo. La gente tenía miedo de romper el silencio, de invocar el hechizo. Nadie comentaba nada, se trabajaba en una falsa quietud aunque era evidente que todos seguían pensando en lo mismo: si había sido una buena decisión no haber llevado el huevo al Valle de los Dragones y si las dos jinetes, Alón y Enti, las hijas del zapatero, volverían con vida.

Gracias al mutismo general se pudo escuchar claramente cómo golpeaban los portones.

—¡Han vuelto! —gritó el guardia principal de la puerta sur e hizo sonar el cuerno para reunir a todos y avisar al Sabio—. Son ellas, han llegado las jinetes.

—¡Que abran las puertas inmediatamente! —ordenó el zapatero, quien se preguntaba si sería eso posible, si sus hijas ya estaban de vuelta. Las jinetes no habían pasado mucho tiempo fuera, ¿por qué habrían de regresar tan pronto?

—No podemos abrir. Primero tenemos que estar seguros de que son ellas —dijo otro guardia.

—¡Que son ellas! —insistió el zapatero y todos asintieron. Los guardias empezaron a tirar de las cadenas.

El Sabio no tardó en aparecer y pidió que abrieran lo más rápido posible. Estaba sonriente.

—¡Excelente! No sabía que mi plan funcionaría tan bien —dijo sin ocultar su arrogancia. Ayudó a los guardias a abrir las puertas, ¡le parecían tan lentos! Fue el primero en ver entrar a las niñas, ambas venían recargadas en el lomo de sus caballos, sin poder erguirse. Habían perdido las prendas con las que se cubrían el rostro y sus ropas evidenciaban que se habían caído de los caballos.

El Sabio tomó a una de ellas y la ayudó a bajar del caballo, la pequeña tenía quemaduras en la cara y tierra en el pelo, incluso en las manos tenía heridas y sus zapatillas estaban deshechas por completo.

—¿Ha sido la reina? —preguntó el Sabio rabioso acariciando los cabellos sucios de Alón, mientras veía aterrado las quemaduras.

No se escuchó respuesta alguna.

—¡Rápido! —gritó el zapatero, y corrió a socorrer a sus hijas —. ¡Que alguien vaya por agua y compresas!

Alón musitó algo, pero no se pudo escuchar su frágil hilo de voz.

—¿Quién ha sido? —preguntó el Sabio—. ¿Qué ha pasado?

La niña entreabrió los ojos. Su padre le dio un poco de agua, que la chica apenas si pudo tragar.

—Nadie..., no ha sido nadie.

—¿Se han caído? —preguntó el Sabio y dirigió la mirada a las alforjas en las que llevaban el muscaradón, sólo algunas estaban vacías.

Enti levantó una mano y con débil voz dijo:

—Es el hechizo —lentamente buscó con la mirada al Sabio—. Hay que llevar el huevo. Y la niña, Serena, es la que tiene que llevarlo, tal como dispuso la reina de los dragones —dijo antes de perder el conocimiento.

El Sabio deseó que ninguno de los habitantes hubiera es cuchado las palabras de la chica, pero no fue así. Todos escucharon con claridad. La gente empezó a lamentarse: era verdad, el hechizo era verdad.

# X. Buscando a Serena

El Sabio quiso convocar a una reunión para continuar con sus planes. Necesitaba ver de cerca las heridas de las niñas, así podría diseñar alguna estrategia y volvería a enviar gente a esparcir el muscaradón. Por supuesto que esta vez enviaría guardias y quizás una escolta bien armada. Los aldeanos no lo permitieron, entre la multitud el zapatero gritó:

—¡Vayamos por el huevo! —Y levantó el puño.

Todos corearon un "Síií", y arrojaron los restos de muscaradón que tenían en las manos y las herramientas que les habían dado. Los aldeanos ya no iban a obedecer al Sabio, tenían que actuar. Los guardias intentaron hacer un pequeño muro humano para deshacer ese intento de rebeldía. Se pusieron hombro con hombro, empezaron a desenvainar las espadas, pero fallaron. Esa larga pared humana no pudo detener a dos jovenzuelos, quienes siendo tan pequeños y ágiles se colaron por entre las piernas de los guardias confundidos.

Sin organizarse todos los aldeanos salieron en la misma dirección, iban dando zancadas para llegar cuanto antes a la casa del Sabio, querían ir por el huevo. Al estar enfrente de la casa unos a otros se estorbaron e impidieron el paso. Como pudieron, algunos entraron. Los que no consiguieron pasar, viendo que ya los otros tenían una tarea, recordaron a Serena.

—¡La niña! —gritó el zapatero, quien se había quedado afuera sin poder entrar en los aposentos del Sabio—. Hay que ir por Serena.

El segundo grupo, que era más pequeño, atravesó la plaza del mercado y se dirigió al granero. Sin acordarlo, pero con

mucha coordinación, el zapatero y uno de los guardias se pusieron en la puerta de la casa de Spere, dos guardias más frente a las ventanas y uno más rodeó el granero. Ni la madre ni la hija podrían escaparse o esconderse.

El zapatero entró a la casa, pero...

—¡Se han ido! —gritó desde adentro al ver que no había nadie.

—¡Nadie en el granero! —avisó otra voz.

—¡Que alguien vaya por la madre!

Dos personas más corrieron y los demás revisaron los posibles escondites: el abrevadero y el taller. Nada, la niña no estaba allí.

—¡Tenemos que avisar a los demás! —Acordaron. Ya venía también el grupo mayor.

—Alguien ha robado el huevo de la biblioteca.

—¡El Sabio! —acusó el zapatero.

—No, no ha sido él. Lo hemos tomado preso y puesto en la plaza del mercado, está amordazado. Ha acusado al guardia Eol de haberse robado el huevo. Eol no está en la aldea, se ha ido. Si el Sabio nos ha mentido —dijo y señaló hacia el cielo, era mediodía y el sol quemaba como nunca—, no tardará en revelarnos si lo ha ocultado en algún lugar.

—Tampoco está Laudio, ¡seguramente se han marchado los dos con la niña! ¿Dónde está Spere, la madre?

—La hemos mandado buscar.

El zapatero y otros hombres volvieron a revisar el granero, sin éxito. Mientras tanto, en la plaza, el Sabio comenzaba a delirar, balbuceando palabras sin sentido. Hacía mucho calor, tenía la piel roja y los ojos abotagados. Ante las preguntas de los aldeanos contestaba siempre de igual manera: No sé dónde está el huevo.

Spere estaba apilando ladrillos rotos de la torre derribada cuando la encontraron. Sabía que en cualquier momento iban a ir por ella y le pedirían explicaciones. La tomaron del brazo y la llevaron ante el zapatero.

—Mi hija ha salido hace ya unas horas con el huevo. Detrás de ella van Eol y Laudio. Tienen un plan. No debemos detenerlos. Son nuestra única esperanza. Van a devolver el huevo.

Las parejas que esperaban hijos y cuyas mujeres seguían con dolores en el vientre, se abrazaron. Había todavía un poco de tiempo antes de que llegara la luna llena.

—Es verdad lo que dice Spere. En la biblioteca sólo está ese pedazo de piel rara. El huevo ya no está en Toerhu, hemos buscado en cada rincón —aseguró uno de los hijos del herrero.

El Sabio, quien escuchaba atento la conversación, levantó la cabeza y aflojó el ceño.

—No se han llevado el cetro, no lo han visto —susurró y sonrió como si las palabras del chico fueran torrentes de agua fresca en su garganta.

# XI. Eol y Laudio

Eol y Laudio caminaban a cinco pasos de distancia detrás de Serena, le contaban todo lo que les era posible: Cómo llegar a otras aldeas, cómo se llamaban los caminos. Apenas callaba uno, el otro lo sustituía. "Algún dato, pensaban ambos, sería de utilidad para Serena". Lo importante era no ayudarla, sino darle información.

En el momento en que pensaran en encaminar las cosas, ayudarla con el huevo o la orientación, sufrirían la misma suerte que las jóvenes jinetes. No sabían qué tanto estaba entendiendo la niña y si podía prestarles atención a ellos dos y a la vez seguir el camino; tampoco sabían si conocía los alrededores. Su padre, si bien era comerciante y conocía lugares remotos, se fue de casa dejándola muy niña. Posiblemente lo que él le había contado ya lo había olvidado. A Eol se le ocurrió hablar del paisaje, tal vez era mejor eso que mencionarle lugares sólo por el nombre.

—En verano los campos del sur se llenan de flores silvestres, hay unas que sólo se dan en nuestro Valle.

Serena intentó imaginarse los prados, no sabía cómo esa información la iba a salvar de algo o de alguien, pero le parecía interesante todo lo que le contaban: las descripciones, los detalles, la distraían del destino al que se acercaba. Al principio, pensaba todo el tiempo en el huevo, no sabía qué tan seguro era el arnés, o si era muy frágil. Luego se dio cuenta de que eso no era necesario: el arnés que había encontrado era bastante seguro y el cascarón, como se lo aseguró Eol, era muy resistente. Ellos por error lo habían tirado dos veces al intentar llevarlo a la torre.

Cuando llegaron a la Colina de los Lobos, Eol le dijo cómo orientarse con las estrellas.

Por mirar el cielo que aún estaba muy azul, Serena no vio una piedra y tropezó.

—Oh, ¿te has hecho daño? —preguntó Eol acercándose a ella.

Laudio lo detuvo, no podían auxiliar a la niña. Ella misma tenía que ponerse de pie y revisar su herida.

—No es nada —dijo Serena avergonzada por haberse tropezado con una piedra tan pequeña e insignificante. Se sacudió las rodillas y se puso de pie—. No vi esta piedra.

Laudio vio al lado de la piedra una florecilla amarilla.

—¡Qué curioso!, una malinka. De estas flores ya no hay en Toerhu, su aroma es delicioso, también las hay en el Jardín de las Ilusiones. Se usaban mucho en nuestra aldea para decorar, pero cuidado, Serena, porque si la cortas por el tallo, brota una leche que es terrible castigo, produce comezón por un tiempo bastante prolongado. Durante algún tiempo, los guardias usaron esta pequeña flor para torturar presos que escondían grandes secretos.

Serena miró la flor, le parecía incomprensible cómo algo tan pequeño podía causar tanto estrago.

—Sigamos, hay que aprovechar que todavía hay luz, estamos llegando a la parte más escarpada de la Colina, lo que sigue será un poco difícil de subir. En el trayecto es posible que encontremos lobos —dijo Eol y en ese instante la piel del rostro le cambió de color.

Él se llevó ambas manos a la cara, sentía un ardor muy intenso.

—Tranquilo, Eol. No te toques..., has ayudado a Serena.

Eol sacó la cantimplora y se echó agua en la cara. Serena sintió pena por Eol, pero no pudo decirle nada, en sus oídos todavía retumbaba el aviso del guardia: "Tal vez se topen con lobos". Quiso preguntar cómo combatirlos, pero sabía que sus acompañantes sufrirían la consecuencia de tal pregunta, "lo mejor era caminar aprisa para atravesar cuanto antes la Colina y sus peligros", pensó para sí.

Laudio se dio cuenta de que Serena tenía miedo. Para distraerla un poco, le contó de una vez que se perdió en un bosque y sin querer terminó andando en círculos toda la noche hasta el amanecer. Cuando volvió a su casa, agotado y con las últimas fuerzas, su padre se rio de él y le preguntó por qué no se había puesto a seguir el Río. Luego, Eol con palabras lentas y muy cuidadosas le contó todo sobre cómo hacer fuego y pasar la noche al aire libre. Ya se acercaba el ocaso, pensó que era bueno decirle esas cosas a la niña.

—Hay cuevas que pueden usarse como casa, como guarida; son buenas para resguardarse del frío. Hay otras que ya están habitadas, huelen a su dueño. Lo importante es distinguirlas a tiempo, por ejemplo, se puede mirar el suelo, a veces hay huellas en la entrada.

—Sólo es una noche y vuelvo a la aldea —dijo Serena e interrumpió a Eol. A veces sentía que ellos la preparaban para un viaje mucho más largo—. ¿Alguien vendrá por mí cuando haya entregado el huevo?

—No, Serena —dijo Eol.

—Posiblemente te esperaremos en el Jardín de las Ilusiones, el último lugar antes de llegar al Valle de los Dragones

—dijo Laudio y sintió una fuerte picazón en la espalda. Intentó no hacer muecas ni rascarse.

Serena aflojó los hombros, esa promesa la tranquilizaba.

—Menos mal, hemos atravesado la gran Colina —dijo la niña cuando se dio cuenta de que sus pasos iban de bajada.

Los tres suspiraron aliviados, ninguno de ellos había olvidado a los lobos, pero ninguno quería preocupar a los demás. Una brisa los refrescó, Laudio contó un par de cosas más. Eol de vez en cuando decía datos aislados; en algún momento no supieron qué más contar. Laudio sentía todavía malestar en la espalda. Eol de vez en vez refrescaba su rostro con agua; estaba preocupado. Pensó que no llegarían a tiempo porque todavía faltaban dos etapas del camino: si él ya se sentía fatigado, seguramente Serena también.

El camino faltante no estaba exento de peligros. El Bosque Espiral sería fácil de atravesar cuando Serena descubriera su lógica, pero, ¿la Llanura de los Lamentos?, ¿cómo se suponía que la niña la atravesara sin ayuda? Sin querer pensó en voz alta y dijo que las fiestas de la recolección serían las más tristes del año si no se libraban del hechizo.

—¡Silencio! —ordenó Laudio.

En el bosque todo parecía normal, estaba anocheciendo pero todavía podían ver el suelo sin forzar tanto los ojos. Laudio volvió unos pasos y Serena se adelantó un poco, miró hacia todos lados; apenas unas ramas se movían por el viento.

—¡Lobos! —gritó Eol y sintió termitas por todo el cuerpo.

De entre un par de pinos salió una jauría, los habían estado siguiendo y aprovecharon que los tres se habían separado

entre sí. Serena era la más cercana a los animales, Eol no perdió tiempo y se interpuso.

—¡Corre! —gritó y lanzó manotazos para enfrentar a los primeros lobos—. Sigue hacia el norte, siempre hacia el norte.

Serena quiso quedarse, pero Eol no dejaba de gritar que se fuera, los lobos no tardarían en llegar por ella. Laudio y Eol no resistirían mucho, el hechizo los haría muy débiles, Serena se mordió el labio y salió corriendo, sólo una vez volteó hacia atrás, vio cómo dos lobos se prendían con fiereza de un brazo de Laudio y otro más de su pierna. El campesino gritaba e intentaba defenderse; Eol había conseguido encender una antorcha y los ahuyentaba con fuego mientras intentaba auxiliar a su compañero.

"Siempre al norte", empezó a decirse en voz alta mientras corría, quería, con su propia voz, dejar de escuchar los gritos de auxilio de Laudio.

# XII. El Bosque Espiral

Serena corrió cuanto pudo; se detuvo cuando ya no consiguió ver nada. ¡Todo estaba tan oscuro!, A pesar de que pronto habría luna llena, la fronda de los árboles se tragaba los blancos rayos lunares y no los dejaba pasar. En el Bosque Espiral ya no se escuchaban los gritos de Laudio.

Serena se preguntó si sus acompañantes vendrían corriendo detrás de ella; esperó unos instantes para ver si los escuchaba. Sólo conseguía oír su corazón, que latía con fuerza. De tanto correr, tenía la garganta seca y la espalda empapada de sudor. No habían hablado sobre esa situación: qué pasaría si se separaban. "Quizá lo más sensato es esperar un poco", se dijo.

A su alrededor no podía ver nada. Se quitó el arnés y revisó a tientas que el cascarón estuviera bien. Por fortuna, no palpó en él ninguna fisura; el huevo seguía igual de frío como cuando lo tomó por vez primera.

Estaba segura de que en cualquier momento llegarían Eol y Laudio. Se quedó esperándolos hasta que el sudor de la espalda se volvió frío, y sus acompañantes no llegaron. Serena se dio cuenta de que tendría que seguir sin ellos.

Deseó que esos dos hombres a quienes había conocido mejor en ese par de horas que en todos los años viviendo en la aldea, no estuvieran muertos y se hubieran podido salvar de los lobos. ¿Alguna vez la habían visto en Toerhu? Aunque Serena ponía poca atención a las personas adultas porque no le gustaba mirarlas a los ojos, se acordaba de ellos. Lamentó su timidez, pues siempre clavaba la mirada en el suelo cuando su mamá hablaba con extraños.

El frío en la espalda la devolvió al presente. Tenía que continuar por esos dos hombres que arriesgaron su vida, y por sus mujeres. Si no se equivocaba, estaba en el Bosque Espiral, eso lo había contado Eol, tendría que atravesarlo y, después, seguir al norte: de allí faltaría poco. Su estómago se quejó, no había probado bocado en toda la tarde. Atadas al arnés llevaba solamente dos calabazas, ambas seguían llenas de agua y quería reservarlas.

Serena se preguntó, "¿Qué pasaría cuando entregara el huevo?". No sabía si los dragones se la comerían o si la dejarían ir.

En el bosque se escondían muchos sonidos que no le gustaban; cerró los ojos con fuerza. Había aves a su alrededor, la miraban, al menos eso era lo que ella pensaba. Ni Eol ni Laudio le habían dicho nada sobre aves en el Bosque Espiral, ¿serán animales peligrosos? Por su padre sabía que había aves que hurtaban comida o que agredían a los viajeros.

Un cuervo graznó. Serena escuchó un aleteo fuerte muy cerca de ella. El ave volvió a graznar, otra a lo lejos le contestó. La niña pensó que no podía detenerse, que seguramente el cuervo estaba llamando a otros, y se ajustó el arnés al cuerpo. A gatas, palpó el suelo, tal vez encontraría alguna rama suelta con la cual podría defenderse de los cuervos y también guiar su camino. Pronto encontró un palo no muy pesado y de buen tamaño, cada vez que escuchaba un graznido cercano se defendía con él, lanzaba golpes al aire esperando ahuyentar a las aves. Era lo único que podía hacer, el ruido de los cuervos no la dejaba pensar otra cosa.

—¡Aáarggg! —Otro graznido justo detrás de su cabeza. Y otro más. Y otro.

Serena se puso nerviosa, lanzó golpes al aire hasta que el palo que había encontrado se rompió. Sabía que no podría

defenderse contra tantos cuervos, así que a gatas se puso a avanzar más rápido, tenía que salir cuanto antes del Bosque. A veces, por la prisa y la casi nula visibilidad, golpeaba sus rodillas con alguna roca, en ocasiones chocaba con un árbol o unos arbustos.

Los cuervos continuaban detrás, la perseguían y revoloteaban alrededor de su cabeza; uno que otro lanzaba picotazos para mordisquearle las orejas. Serena, como podía, los ahuyentaba con las manos. "Al norte", se repetía, intentando tranquilizarse.

No tenía otra opción, tenía que avanzar. Sentía los hombros quemados por la cuerda del arnés. El huevo no era pesado, pero ya lo llevaba mucho tiempo a cuestas.

Por la cantidad de graznidos y aleteos Serena supo que el grupo de cuervos se había hecho mayor. Ya se interrumpían los unos a los otros. La niña no tenía ni idea de cómo huir de ellos o ahuyentarlos de forma efectiva. Avanzó y se lastimó la rodilla con algo, se quejó, a tientas revisó qué la había herido, reconoció el palo que había tomado al principio del Bosque para defenderse de los cuervos.

—No puede ser, otra vez estoy en el mismo lugar. Éste es el problema del Bosque Espiral, estoy avanzando en círculos.

Serena se sobó la rodilla y maldijo. Un cuervo aprovechó que la niña no avanzaba y le dio un picotazo en la oreja, que comenzó a sangrarle. En su desesperación, Serena tomó el palo roto y lo lanzó, éste se estrelló contra algo e hizo ruido. La niña escuchó sorprendida que los graznidos se habían ido en la dirección en la que ella había arrojado el palo. Se dio cuenta, entonces, de que los cuervos veían tan mal como ella misma en la oscuridad. Pensó que, si se movía con cuidado y en silencio, estaría a salvo.

En sigilo se puso de pie y se revisó la oreja con los dedos. Levantó la mirada, entre la fronda de los árboles apenas si se podía ver un poco de cielo. "Tal vez ya empieza el día", pensó, pero todo seguía oscuro; pensó que no podría salir del Bosque nunca. "Si los árboles no se tragaran la luz de la luna sería más fácil orientarse." Siguió su camino en silencio: daba un paso, descansaba, otro paso y descansaba. Intentaba hacer el menor ruido posible, los cuervos tenían problemas para ubicarla. Avanzó en silencio a un ritmo lento siguiendo siempre su intuición.

Después de unas horas, su estómago le recordó que no había comido y gruñó. Los cuervos resurgieron de la nada y se le acercaron presurosos. Serena se agachó con cuidado y buscó una piedra en el suelo, tomó la primera que encontró y la arrojó lejos de sí. Algunos cuervos mordieron el anzuelo y persiguieron la piedra, dejándola en paz. Continuó caminando cuando de repente escuchó raros graznidos delante de ella, y pensó que se estaba volviendo loca. Tales graznidos le parecían cada vez más fuertes, ¿sería posible? No, eso que escuchaba era otra cosa.

—¡Es agua!, es el Río Rojo.

Escuchaba claramente un cauce; allí bebería agua y luego seguiría el Río. Eso era lo único que no se repetía en círculos en el Bosque y lo atravesaba por el lado oriente. Siguiendo el cauce saldría del Bosque Espiral.

Serena se dirigió con presteza al agua, los cuervos, desorientados por el ruidoso caudal, no la podían ubicar con exactitud y, poco a poco, se fueron dispersando y ya no la rodeaban con insistencia. Serena no tuvo que buscar mucho, cuando una de sus manos tocó el agua, no pudo contener más las lágrimas y se puso a llorar, mientras bebía. Había encontrado la salida.

# XIII. La Llanura de los Lamentos

Serena se había quedado toda la noche siguiendo el cauce del Río Rojo hasta que salió del Bosque Espiral. Cuando dejó de ver la fronda de los árboles y sintió los rayos de luna, supo que estaba a salvo y en ese mismo momento cayó dormida.

Hacía horas que el sol ya había salido. Su luz incomodó a la niña hasta despertarla. Era hora de separarse del Río. Frente a los ojos de Serena se encontraba la Llanura de los Lamentos. Por lo que le habían contado, sabía que necesitaría mucho tiempo para atravesarla.

—Allí no vive nadie, —le había dicho Eol, —no hay árboles, ni alimañas.

Por lo que sus ojos constataban, todo indicaba que así era. No había, pues, que temer a nada, ni a lobos ni a cuervos. Se rascó los ojos y se puso de pie. Era tiempo de colgarse el arnés y continuar. Eol y Laudio habían contado que lo mejor era cruzar la Llanura muy temprano, a una hora en la que el sol no la quemara, pero por desgracia Serena ya no podría evitarlo. Se había quedado dormida y el sol pronto alcanzaría el cenit.

Cuando vio la Llanura, pensó que Eol la recordaba mal. Sí, era una Llanura seca e inhóspita, pero no parecía tan extensa ni tan difícil de atravesar, sobre todo si nada la habitaba. Además, del otro lado se veía claramente una hilera de árboles, que sin duda marcaba el fin de la Llanura y el inicio del Jardín de las Ilusiones. Serena se sintió segura. Atravesar la Llanura sería rápido. “Tal vez el día que Eol pasó, hacía mucho calor y no llevaba nada de beber”, pensó.

—¡Necesitaré agua! —se dijo en voz alta al reparar en que la Llanura estaba completamente seca. Rellenó sus dos calabazas con agua del Río y bebió cuanto pudo; luego, recolectó bayas sin adentrarse en el Bosque y se atiborró la boca con ellas. Finalmente, cuando por fin dio el primer paso fuera del Bosque Espiral sintió en los hombros el duro calor del día. Los rayos del sol eran como finos pinchazos calientes.

—Menos mal que llevo suficiente agua —dijo y le pareció que el final de la Llanura de repente se acercaba un poco y, como si fuera una ilusión, pudo apreciar mucho mejor el otro extremo.

Tras caminar unos cuantos pasos, Serena no tardó en darse cuenta de su error. Pronto supo por qué sus amigos habían calculado tanto tiempo para atravesar la Llanura, el terreno era sumamente arenoso, lo que le dificultaba el andar, sus pasos no podían ser rápidos, a veces sus pies se hundían hasta los tobillos. Pero no había de otra, Serena tenía que seguir.

Lamentaba no tener nada con qué cubrirse su cabeza. Dos gotas de sudor le bajaron por la frente; pensó que sólo se trataba de caminar, así que perdió la vista en el horizonte y comenzó la marcha; ya no quería perder más el tiempo. "¿Por qué había dormido tanto?" "¿Por qué no hizo caso a sus amigos y se despertó temprano?", apenas lo pensó, vio cómo el horizonte se alejaba.

—Es cansancio —susurró Serena y se talló los ojos—. ¿Por qué se ve ahora tan lejos el Jardín de las Ilusiones? Tal vez debería tomar agua.

Serena tomó una de las calabazas. Bebió un largo trago. El agua caliente, lejos de refrescar su garganta, le recordó el cansancio y sólo le alivió la sed unos momentos. Una

sensación de pastosidad le quedó en la boca, sentía que su lengua era muy áspera, casi tanto como la lengua de los caballos del establo. Guardó la calabaza y reanudó la marcha, intentó contar sus pasos, distraerse, recordar algo bonito, pero sus pensamientos volvían siempre a lo mismo: sentía que su lengua crecía hasta no caber en su boca. Confundida vio cómo los árboles del Jardín de las Ilusiones se alejaban de ella, realmente se movían en contra de su dirección. Los árboles que en un principio vio casi con claridad ahora parecían lejanos.

—Es el cansancio —repitió y escuchó el eco de sus palabras.

"Cansancio", "sancio". El sol seguía en lo alto, de todo lo que antes podía ver en el horizonte, ahora sólo conseguía adivinar las puntas de dos árboles del Jardín de las Ilusiones. Serena se preguntó qué estaba pasando en la Llanura, parecía que se expandía; se dio media vuelta.

¿Solamente había avanzado diez pasos?, sorprendentemente estaba al lado del Bosque Espiral y su andar era cada vez más tortuoso, sus pasos se hundían más, no sólo el tobillo, ya la pantorrilla era cubierta por arena.

—Soy muy pesada —susurró. Escuchó su eco y otras voces metálicas.

"Muy pesada", "muy pesada". Negó con la cabeza varias veces. Allí no había nadie, nadie estaba repitiendo lo que ella decía. Arrojó una de las calabazas.

—¡Qué alivio! —Suspiró y al instante sintió un poco ligeros sus hombros.

En el horizonte avistó nuevamente más árboles, como si repentinamente hubiera avanzado bastante. Se limpió el

sudor del cuello, pensó en si podría desprenderse de su última porción de agua. No pudo. No sabía si en algún momento su lengua, seca e inmensa, necesitaría ser apagada por agua tibia.

—Al menos el huevo no pesa —exclamó para darse ánimos y un eco risueño coreó sus palabras.

Serena vio sorprendida que otra vez los árboles del Jardín se dejaban ver hasta las copas. Sus pasos, no obstante, eran cada vez más cortos; ambas piernas se hundían hasta las rodillas. Moverse en la arena se había vuelto verdaderamente trabajoso y no eran sus pies los que la acercaban a la otra orilla.

—¡Qué bueno que todavía tengo tiempo! —dijo creyendo entender el misterio de la Llanura de los lamentos.

Terminó el paso y su pierna derecha se hundió hasta el muslo. El Jardín de las Ilusiones parecía ahora tan cercano.

Confirmó sus sospechas, la Llanura se extendía con lamentos y se acortaba con frases reconfortantes. Tenía que poner atención en lo que decía, no podía lamentarse o se alejaría ella misma del Jardín.

—Y no está lloviendo, que es lo mejor de todo —dijo y desenterró su pierna, avanzó con la izquierda lo más al frente que pudo. La pierna se perdió casi por completo bajo la arena.

Al ver cuánto se había hundido esta vez, Serena sintió miedo. No sabía si llegaría con vida hasta el otro extremo, que parecía tan cercano y a la vez tan lejano, se veían ya varios árboles y arbustos del Jardín de las Ilusiones. A sus espaldas el Bosque Espiral apenas si se alcanzaba a ver.

Antes de continuar con la siguiente frase, suspiró. Sentía el corazón en la garganta.

—Lo bueno... —titubeó— es que estoy ya muy cerca de llegar al Jardín de las Ilusiones.

"Cerca", "cerca", retumbó el eco en sus oídos, pero no como si se tratara de sonidos de fuera. Serena sintió que esa voz que la imitaba venía de dentro, provenía de su cabeza y quería escapársele por los oídos, la nariz y los ojos. Un instante después su cuerpo se había hundido hasta la cadera, ambas piernas estaban sepultadas bajo la arena. El Jardín se encontraba casi delante de Serena, quien sentía su frescura y podía ya oler la vegetación. Con trabajo salió de su encierro.

¿Qué distancia le faltaría?, ¿cuatro pasos largos a lo sumo? Serena se mordió el labio, ya no sabía qué más decir, necesitaba decir algo que le diera fuerzas, pero era imposible ver el lado positivo de lo que le estaba pasando; ya no tenía más ideas. Avanzaba, pero se hundía profundamente; volteó a ver a sus alrededores, sintió la fatiga del viaje. Las ampollas de los hombros seguramente se habían reventado y, entonces, recordó que en todo este tiempo no había reparado en el arnés, ni en el huevo. Asustada, se lo quitó y lo revisó; el huevo de dragón seguía intacto, su color seguía siendo el mismo. Serena sonrió, de un envión se colgó nuevamente el arnés.

—Lo bueno es que el huevo no se ha roto —dijo y apresuró otro paso.

La arena le llegó hasta el pecho, parecía que la Llanura quería tragársela. Una lágrima se le escapó, del Jardín veía ahora los troncos y las raíces, le parecían enormes. Una mezcla de alegría y miedo le inundaba la garganta.

—Al menos no hay animales que me ataquen —dijo y con sus manos se abrió paso en el arenal.

Apenas concluyó la frase, su cabeza terminó sumergida entre la arena y los ecos de sus palabras se volvieron más fuertes e insoportables en sus oídos. Serena tenía los ojos cerrados, dejó correr las lágrimas, quiso hacerse un ovillo, pero ni siquiera eso conseguía por la arena.

Deseó con todas sus fuerzas no estar allí. ¿Por qué la había escogido justamente a ella la reina de los dragones?, ¿por qué Eol y Laudio no llegaban por ella?

Sabía que nadie la rescataría, estaba completamente sola en la Llanura.

—Qué bueno que tengo los ojos cerrados para no ver la arena que me rodea —susurró apenas abriendo la boca para que no le entrara arena y con todas sus fuerzas se empujó hacia adelante para intentar un paso, solo un paso necesitaba para llegar al Jardín, uno solo.

Escuchó fuertes ecos que le salieron por las orejas, la nariz y la boca; después, se hizo el silencio. Se cubrió instintivamente las orejas, pero ningún eco más repiqueteó en sus oídos. Abrió con lentitud los ojos, frente a ella había árboles, flores y arbustos. En el Jardín de las Ilusiones no escuchó más ningún eco: lo había conseguido. Había salido de la Llanura con éxito, esta vez no quiso voltear atrás, su corazón latía con fuerza.

Sentía la boca seca, la lengua le ardía un poco, como si algo la mordiera, con sus dedos la inspeccionó; sintió con alivio que simplemente se trataba de arena. Abrió la calabaza para beber y vio que estaba rota y llena de arena, la dejó caer. Vio que de los árboles pendían frutos que ella no conocía, pensó

que serían tan insípidos como las bayas del Bosque Espiral, pero se equivocó, éstos estaban maduros y jugosos. Con ellos Serena apagó su sed y su hambre.

# XIV. El Jardín de las Ilusiones

En el Jardín de las Ilusiones había suficiente sombra, no como en la Llanura donde Serena sólo había experimentado los rayos inclementes del sol. Se tocó el rostro; su piel estaba reseca y quemada por la intemperie, una fina capa blanca de sal le cubría la cara y su pelo estaba enredado. La abuela, cuando vivía, se lo peinaba para tranquilizarla.

"Bajo la fronda de los árboles se estaba muy bien", pensó Serena. El Jardín de las Ilusiones desprendía un aroma dulzón que le picaba la nariz de una forma agradable; a veces, llegaba una brisa suave y refrescante y le removía el polvo del cuerpo.

En Toerhu casi nadie conocía ese lugar. Pocos salían de la aldea, muchas veces los únicos que lo hacían eran los comerciantes. Su padre había sido uno de ellos, ella no lo recordaba con tanta claridad porque cuando era muy pequeña, él no volvió más. Los comerciantes dijeron que posiblemente se había extraviado en el camino; otros, algunos vecinos, decían que el padre se había ido porque nunca le había gustado la aldea y un día se decidió a dejarla.

Spere y Serena no hablaban mucho de él. Cuando él estaba en casa y ambos cuidaban de los animales, sonriendo él le contaba de sus viajes y todo lo que había fuera de la aldea. Un día no volvió de su viaje y la niña tuvo que acostumbrarse a alimentar a los caballos, en silencio, sin las fantásticas historias de su padre. Su madre no era así, lo que le gustaba era tararear melodías. La abuela, a veces, le repetía las historias del padre a la niña, también le hablaba mucho de él para que Serena no lo olvidara, pero desde que la abuela había muerto, ya nadie lo mencionaba en casa.

Posiblemente su padre estuvo en ese Jardín. Serena sintió un cosquilleo en la nariz, era un raro aroma de flores que ella no podía reconocer. "Es hora de continuar", se dijo. Pasaba de mediodía, faltaba mucho para que volviera a caer la noche.

Se sacudió lo más que pudo la arena de la ropa, luego revisó el arnés antes de ponérselo en la espalda. El huevo parecía más verde que nunca. ¿Qué haría si el dragón nacía antes de que ella llegara a su destino? Estaba muy cerca del Valle de los Dragones. Recordaba las palabras de Eol: "Para salir del Jardín, uno tiene que guiarse por el olfato, las flores te conducen por el camino correcto". Si el ambiente era dominado por el olor de los árboles, aquello significaba que se alejaba de la salida del Jardín.

Serena inició la marcha, el rastro aún era indefinido, olía tanto a pino como a magnolias. Se dio cuenta de que cuando llegaba un poco de brisa, los olores podían distinguirse mejor. Por eso, cuando tuvo delante un sendero que se bifurcaba, esperó un momento hasta que una brisa fuerte apareció; respiró, pudo estar segura de que tenía que irse por el camino de la derecha.

Se alegraba de que no hubiera arena. En el Jardín de las Ilusiones, el suelo era suave; su andar no era trabajoso. A lo lejos se escuchaban aves trinar dulce y alegremente, nada de cuervos graznando; Serena se alegró por eso. Al salir de Toerhu había pensado que cada lugar que ella atravesara sería cada vez más difícil que el anterior y comprobó sorprendida que no era así. El Jardín era agradable, fresco y extremadamente hermoso. Nunca había visto tantas enredaderas diferentes, ni tantas flores de colores vivos juntas.

El sendero fue llenándose de arbustos floridos, los árboles comenzaron a escasear. Serena había escogido correctamente, se sintió satisfecha.

Nada de espirales, lobos o arena; se mesó el pelo y al hacerlo sus dedos quedaron atrapados en él, estaba completamente enredado. Recordó nuevamente a su abuela, la echaba de menos. Ella sabía como nadie cepillar y trenzar el pelo, tenía las manos suaves y siempre tibias.

Una brisa fuerte llegó intempestiva y le revolvió más el pelo. Serena suspiró, deseó que las manos tibias de su abuela le acariciaran el rostro, la nostalgia la había invadido. Se imaginó que estaba en casa y que la abuela estaría por allí, o cocinando, o remendando alguna prenda de ropa, y se imaginó interrumpiéndola en sus labores para robarle un abrazo. De repente sintió una caricia en el rostro, se llevó una mano a la mejilla; no era nada, quizás había sido el viento. Siguió caminando, la brisa traía un aroma a flores veraniegas, nuevamente sintió una caricia que le parecía muy familiar. Serena se detuvo y cerró los ojos, sintió con certeza una palma tibia que le acariciaba la mejilla.

—¿Abuela?

Serena abrió los ojos y lo que vio la sorprendió. Estaba en Toerhu, enfrente de su casa estaba la abuela y la llamaba para entrar. Emocionada, caminó hacia la abuela y aspiró con más fuerza el aroma de las flores, sintió el pecho lleno de aire. De golpe vio la cocina, la abuela estaba otra vez allí esperándola para comer. Serena se talló los ojos un par de veces, no podía creer lo que estaba viendo. Pero era cierto, en medio del Jardín de las Ilusiones había una mesa servida con la comida que acababa de preparar su abuela.

Serena respiró profundamente y percibió el aroma de rosas y claveles. En definitiva, estaba en su aldea, en su casa, con su abuela. Sin dudarlo, se quitó el arnés y se sentó a la mesa a disfrutar de la comida; no había nada más importante que eso.

# XV. La profecía

En la plaza principal, Spere seguía barriendo como si hubiera todavía polvo enfrente de la torre; hacía mucho que todos habían vuelto a sus hogares. Después de su confesión, los aldeanos dejaron libres a Spere y al Sabio, pero ella no podía volver a casa como todos lo habían hecho. Tenía que hacer algo, cualquier cosa que le diera esperanza; se preguntaba por qué había dejado ir a Serena. Su profesión era traer vida al mundo y justo ella, la partera, había enviado a su propia hija a un viaje que posiblemente no tendría regreso. A la vez, una voz en su interior le aseguraba que eso era lo correcto. Nadie le creería, pero secretamente ella sabía que esa tarea sólo podía ser para su hija. Sintió una mano suave en el hombro, era Tari.

—Tienes que descansar, no has dormido mucho.

Era verdad, apenas amaneció, se levantó y se puso a ordenar su casa; estaba nerviosa.

—Tu hija está bien —aclaró Tari.

—Sí, lo sé, lo presiento.

—Vamos a mi casa, te daré algo de comer y hablaremos un poco.

Spere asintió, se limpió las manos en la ropa y fue con Tari, pero antes de que abandonaran la plaza escucharon una voz a lo lejos.

—Tú, la madre de Serena, te busca el Sabio.

—¿Yo?

—Ven conmigo —era un guardia.

Tari quiso entrometerse, pero Spere le dijo que no, que hablaría con él, que no había nada que temer. Ese hombre estaba perdido, tenía que respetar y apoyar a los aldeanos, si es que le importaba salvar su prestigio. Tari prometió que, si tardaba mucho, iría a buscarla. El guardia tomó a Spere del brazo y se la llevó.

Cuando llegaron donde el Sabio, éste esperaba en su biblioteca rodeado de pergaminos y veía desanimado el trozo de piel de dragón.

—Siéntese —le dijo y él mismo la hizo sentar—. ¿Su hija sabe de magia?, ¿se comunica con usted a través de los sueños?, ¿le manda mensajes?, ¿tiene usted presentimientos?

—Yo..., no. Nada de eso —contestó Spere un tanto confundida. Esperaba al menos una disculpa de él, que no vino.

El Sabio no escuchó las respuestas, caminaba de un lado para otro con los brazos cruzados y la mirada perdida. De improviso se detuvo y, como si hubiera encontrado la pregunta correcta, volvió a cuestionar a la madre:

—¿Por qué la escogió la reina de los dragones?

—No sé... —Spere se encogió de hombros, ella misma se había hecho esa pregunta un centenar de veces—. Dijo que por la cobardía de todos.

—No tiene sentido esto.

—¿Qué?

—Nada —dijo el Sabio y buscó entre sus papeles.

Extendió sobre la mesa un dibujo grande, en el que un dragón parecido a Drani se veía de perfil y al lado había un mapa.

—La profecía —susurró el Sabio— no tiene sentido. Quiero que mire esos dibujos de allí. Tómese su tiempo; si algo le llama la atención o le parece familiar, no dude en llamarme. Estaré en mis aposentos, no he dormido nada y necesito con urgencia un descanso. Esto es importante: en cuanto algo le parezca familiar por cualquier razón, ya lo sabe, despiérteme. Está atardeciendo, ¿lo ve?, no hay mucho tiempo. Y su hija que no tiene ni los quince años está allá afuera, sola.

El Sabio se dio media vuelta y se fue susurrando cosas incomprensibles.

Spere se quedó en la biblioteca frente al lienzo que la atemorizaba un poco. Aunque el Sabio había hablado con las palabras correctas, para Spere fue muy obvio que el hombre escondía otras razones. Su prioridad no era rescatar a Serena.

"Papeles", pensó Spere, "yo ni sé leer". Su esposo había enseñado a la niña, pero ella nunca quiso aprender, le parecía muy difícil y poco útil. Miró los dibujos. Eran muy desagradables y esperpénticos, con aldeas incendiadas, a Toerhu no lo reconoció.

Nada le llamó la atención las primeras dos veces. En la tercera, sin embargo, reparó en que Toerhu aparecía dividido y que cerca de él había dos aldeas que ella no conocía. Tal vez así fue todo hacía mucho tiempo; incluso el Río Rojo parecía menos largo.

Tari entró de repente y asustó a Spere.

—¿Y el Sabio?

—¿Qué haces aquí? —preguntó Spere—. Está durmiendo.

—Sólo quería saber si estabas en problemas —dijo Tari sin convicción y echó un vistazo a la biblioteca.

—Tantísimos libros —exclamó Spere al ver que Tari no escondía en lo más mínimo su curiosidad—... ¿Sabes leer?

—¿Qué sabes de la profecía, Spere?

—¿Cuál profecía?, ¿el hechizo del dragón?

Spere recordó la manera en que la reina de los dragones, decepcionada, los había visto. Los aldeanos de Toerhu no eran ni los más honestos, ni los más sinceros.

—Nada, olvídalo —Tari se mordió una uña, parecía nerviosa—. ¿Puedo ver esos dibujos?

Spere se encogió de hombros. Al fin y al cabo, le daba igual que Tari estuviera buscando algo en los dibujos. Recordaba que había sido ella quien convenció a Serena de cargar el huevo y justamente fue Eol, su esposo, quien había robado el huevo al Sabio. Ellos, posiblemente, también esconderían alguna verdad, pero no sabía qué podría ser.

Tari miró con detalle las imágenes. Al ver el dibujo del dragón, recorrió con un dedo el perfil de grueso trazo; luego, miró los mapas.

—Spere, ¿viste aquí? —preguntó Tari un tanto asustada.

—Sí, en este dibujo Toerhu está separada y mira por aquí, el Río Rojo parece muy corto.

—¿Cuándo habrá sido eso? —preguntó Spere.

Tari soltó un suspiro y se dio media vuelta. No quería contestar esa pregunta.

—Tal vez eso no es el pasado, creo que en estos mapas se ven las consecuencias de la profecía.

Tari sacó una hoja que llevaba escondida entre las ropas, y comenzó a copiar el dibujo que tenía delante.

Anotó todos los detalles de ese mapa. Spere comprobó que, como lo sospechaba, Tari no se había acercado por ella, sino por información. En el pasillo se escucharon ruidos.

—¡El Sabio! —exclamó Spere.

Tari dobló su hoja en cuatro y la guardó bajo el vestido, dio un par de pasos hacia atrás e intentó parecer tranquila.

—¿Todo bien? —Irrumpió el Sabio y miró con desconfianza a Tari. Ella sonrió y disimuló lo más posible su nerviosismo.

—Quería ver si Spere estaba bien, usted se preocupa solamente por sus cosas. De ninguna manera iba a dejarla sola.

El Sabio torció la boca e ignoró el comentario.

—¿Encontró algo? —le preguntó a Spere.

—Sí —contestó ella.

El Sabio se aproximó al dibujo.

—Muéstreme.

—Aquí pasó algo con Toerhu, mire usted...

—¡Ah, esto no es nada!, —la interrumpió el Sabio—. Es un dibujo impreciso —mintió.

—¿Piensa usted traer a mi niña de vuelta o sólo me está usando para rescatar el huevo de dragón? —preguntó Spere.

El Sabio apretó la mandíbula, pensó unos momentos en su respuesta.

—Todavía no es de noche, esperemos que Serena haga su parte.

Spere se dio cuenta de que tanto el Sabio como Tari sabían mucho más que ella sobre esa profecía. Tuvo miedo, muchísimo; deseó que su madre la abrazara y tranquilizara como cuando era niña. Sólo ella podría calmarla ahora y asegurarle que todo saldría bien.

—¿Por qué no están planeando ustedes cómo traer a mi hija?

El Sabio se quedó paralizado y bajó la mirada; se encogió de hombros. Tari se llevó las manos al cuerpo, no quería perder el dibujo que había copiado.

# XVI. La abuela

Serena estaba en la cocina. Había pedido un segundo plato de sopa y lo terminaba mientras la abuela limpiaba los trastos.

—¡Pronto, tienes que ir con las gallinas! —le dijo la anciana.

—Sí, ya voy —contestó presurosa la niña. Estaba tan contenta de tener a su abuela de vuelta.

—Ya está oscureciendo —dijo la vieja y señaló hacia el cielo. El atardecer rojizo perdía fuerza y le daba paso a la oscuridad.

—Ya lo sé, pero me siento muy bien aquí.

—Serena, recuerda que...

—Todos tenemos obligaciones —interrumpió la niña. Ésa era la frase favorita de la abuela.

—Tienes que cumplir las tuyas, hija. Tú tienes tus tareas, no lo olvides. Aunque nadie lo sepa, son tuyas —dijo la abuela y le acarició la oreja.

La abuela se sentó a la mesa. Cuando Serena la tuvo enfrente, la observó cuidadosamente. Era como si el rostro de su abuela no tuviera detalles, no tenía arrugas ni lunares, tampoco pecas. Tuvo miedo de que la ilusión se fuera y por eso aspiró profundamente varias veces el aroma floral que la rodeaba. Sintió el fuerte olor de las magnolias en su nariz, los detalles regresaron al rostro de la abuela.

Sabía que estaba en el Jardín de las Ilusiones y todo lo que la rodeaba no era verdad, pero quería estar con su abuela,

sentirse en casa. Se decía a sí misma que alargaría esta ilusión cuanto pudiera, después diría que no consiguió llegar a tiempo, o se quedaría a vivir en el Jardín para siempre. La ternura de la abuela le hacía, además, más difícil tomar una buena decisión.

—Vamos por las gallinas. Te ayudo —propuso la abuela.

Ambas se pusieron de pie. Serena abrió las puertas de la casa, todo olía a lavanda, todo, hasta las gallinas, la tierra, el alimento de los animales. La niña se acercó a la abuela y la abrazó, toda ella olía a lavanda, y mientras más la olía todo su entorno se volvía más vívido. Los objetos se llenaban de detalles, aun de sus defectos, solamente el aroma de las cosas evidenciaba la mentira, nada olía a lo que debería.

—¿Qué es eso de allí? —preguntó la abuela al ver de repente el arnés que Serena había dejado atrás, al lado de la mesa.

—Nada, no es nada.

—¡Cómo no! Es un huevo de gallina enorme. —Serena soltó la carcajada.

—Es un arnés, y lo que contiene es un huevo de dragón.

—¡Qué cosas dices! Es un huevo de gallina. —La abuela le sonrió como si Serena hubiera dicho un disparate.

—Es un huevo de dragón.

Serena se dio cuenta de que todas las frases que decía su abuela no eran nuevas. Ni una sola palabra era nueva. Todas aquellas frases se las había dicho su abuela en alguna ocasión; nunca habían hablado de dragones.

—¿Adónde fuiste todo este tiempo? —preguntó Serena, triste—. Te eché mucho de menos.

—Ay, pequeña, fui al mercado.

—No, me refiero a... —Quiso decir la niña, pero no consiguió terminar la frase.

—Entonces, fui a ver al zapatero. Mira qué zapatos traigo, están todos raídos.

La abuela le mostró el zapato justo en el momento en que otra vez la ilusión perdía fuerza y en lugar de hormas, se veían finas ramas y hojas verdes.

Serena aspiró con fuerza, quería ver el zapato raído de la abuela.

—¡Hija, los animales! Todos tenemos obligaciones, recuerda.

—Sí, abuela, ya lo dijiste.

—¡Anda, ve por el alimento! Ya está oscureciendo y hoy hay luna llena.

Serena observó el atardecer, la luna se anunciaba redonda a lo lejos y tan blanca como nunca. Sintió una tristeza profunda en el pecho, tan profunda como pesada. Se acercó a la anciana, olía a lavanda joven y fresca, no olía a ese su aroma dulzón típico de ella. La niña la abrazó con todas sus fuerzas.

—Sí, ya voy —dijo y se giró y tomó el cubo del alimento.

"Todos tenemos nuestras obligaciones", pensó Serena. Intentó respirar lo menos posible, se había metido tan profun-

damente en esa ilusión, que tal vez ya no le era posible salirse de ella. El Jardín se dejaba ver intermitentemente, fue hacia el gallinero que ya dejaba ver arbustos, había claveles, magnolias, malvas. Entre ellas reconoció una malinka, se acercó presurosa, la tomó y la cortó por el tallo; la leche que brotó se la untó en los brazos.

—¿Qué haces, mi niña? —preguntó la abuela al ver que Serena había soltado el cubo del alimento para las gallinas.

—Nada, abuela, mis obligaciones.

Los brazos no tardaron en arderle y ponérsele rojos. Tenía razón Laudio, la pequeña flor provocaba una comenzón tremenda. Mientras Serena luchaba contra el dolor, la cocina fue desapareciendo; la abuela volvió a sentarse a la mesa, no entendía qué hacía su nieta.

—Estoy cansada, mi niña. ¿Necesitas ayuda?

Serena siguió embadurnándose la leche de malinka donde podía, en el cuello, las pantorrillas, las orejas; no soportaba el dolor, era en eso en lo único que podía pensar. Ya no percibía el aroma floral del Bosque.

La abuela se puso a tararear la canción que siempre le cantaba a Serena, al caer el sol.

Duerme, florecita, duerme ya.
Para que mañana florezcas con tu bondad.

Ahora sus brazos y sus tibias manos eran arbustos entrelazados, su rostro una flor. Cuando cayó el sol, no quedaba más rastro de la cocina, los animales, ni la abuela. El Jardín se dejaba ver en todo su esplendor bajo la luz clara de la luna llena.

Serena estaba allí, sola, al lado del arnés; ésa era su obligación, devolverlo. Aunque ella misma intentara engañarse, lo sabía, era algo que al menos tenía que intentar hacer. Se colocó nuevamente el arnés, y se rascó un par de veces los brazos; la ilusión se cayó a pedazos, pensó en el dolor de su piel y en el dolor de volver a perder a su abuela. Pero algo había encontrado, paz en su interior que hacía las veces de bálsamo y caricia. Al menos esta vez sí pudo despedirse de ella con un abrazo; bajó la cabeza y siguió su camino.

# XVII. La reina de los dragones

Xela estaba a oscuras en su cueva. Continuaba muy nerviosa cuando llegó Drani. La reina sabía que no había nada que temer, ya podía oler a Serena y, sobre todo, el huevo, que sería entregado en cualquier momento; lo sentía palpitar, el cascarón habría de quebrarse pronto.

En el Valle de los Dragones hacía un poco de viento y el atardecer estaba por concluir.

—¿Ha venido sola?

—Sí, nadie la ha seguido —contestó Drani.

—¿La dejarás ir? —preguntó Xela y recogió lo más que pudo sus alas. Supo que no debió importunar con esa pregunta a Drani.

La reina giró su cabeza y parpadeó; miró largamente a Xela. No le parecía extraño que los dragones estuvieran desapareciendo a esa velocidad con ejemplares como Xela, tan débiles y enfermizos, incapaces de reconstruir rastros y sólo destinados a engendrar. En el Valle nunca habría algún ejemplar que llevara su sangre. Pero Drani no había hecho las reglas, le tocaba reinar y no engendrar. Si fuera por ella, muchas aldeas ya no existirían y los dragones no vivirían ocultos, aislándose de los otros animales. Ciertamente nadie los atacaba, su legendaria fama de sanguinarios y salvajes parecía eterna en muchos lugares. Y ni siquiera los inventos de los hombres la habían borrado del todo.

Hubo un tiempo en que Drani podía volar en todas las direcciones del orbe, pero ahora ya no. Mientras no se supiera

cuándo empezaría la profecía, lo mejor era esconderse y no cometer alguna imprudencia, así lo había prometido a la anterior reina, su abuela. Debía esperar a que se cumpliera la profecía y que el cetro –como lo planeaba– le llegara por sí solo. Y faltaba poco, lo presentía; esto sería sólo el comienzo. Drani se acercó a Xela y le acarició el vientre con su hocico.

—Paciencia —le dijo—. La niña atravesó casi sin problemas el Jardín de las Ilusiones, incluso mucho más rápido que tantos otros viajeros.

Xela sonrió. No iba a hacer más preguntas, solamente quería de vuelta su huevo. Toda su vida, sin saberlo, se había preparado para ello y había añorado el momento justo de ver cómo se rompería el cascarón de su huevo. Sus ojos se tiñeron de púrpura, el color de la tristeza.

En la Cueva, el tiempo pasaba morosamente; afuera el viento soplaba con fuerza, la luz del sol había desaparecido por completo. Cada dragón había vuelto a su guarida siguiendo las instrucciones de Drani: pasara lo que pasara, no saldrían más durante la noche, a menos de que la reina lo requiriera. Todo el día habían estado quemando bosques y secando arroyos cercanos al Valle de los Dragones. Drani quería estar prevenida y dificultar la entrada a visitas indeseadas, no había forma de que alguien se escondiera y los dragones no lo encontraran.

—La niña está cerca —dijo Drani y clavó la mirada en las pupilas moradas de Xela.

—¿Cómo sabes?

—Porque el Valle de los Dragones huele a miedo.

# XVIII. El cetro

Mientras tanto, en Toerhu, apenas desaparecieron los últimos destellos de luz devorados por la noche, las mujeres embarazadas se refugiaron en sus casas y trancaron las ventanas y las puertas. Esperaban impacientes que alguien anunciara la entrega del huevo, más no podían hacer.

Ante cualquier ruido o murmullo sentían que se les detenía el corazón. En los establos los caballos se rehusaban a volver a su sitio, estaban inquietos. Nunca antes se había compartido la orfandad de esa manera.

El Sabio había convocado a todos a la plaza principal; los ancianos asistieron al llamado pues eran los únicos que no tenían nada que perder por el hechizo. Todos los demás no tenían cabeza para nada.

Spere se refugió en casa de Tari. Pensaba que no tenía sentido volver a su casa y no quería que el Sabio la mandara a llamar otra vez. Con Tari se sentía en el lugar correcto, no porque la uniera una amistad repentina, sabía perfectamente que la esposa de Eol escondía un gran secreto, pero al estar cerca de ella se sentía segura y útil.

A Tari, a veces, le daban dolores fuertes en el vientre; entonces, Spere le daba ánimos y la tranquilizaba. Atendiéndola se aferraba a la única actividad que le parecía familiar.

Ambas mujeres hablaban lo mínimo. Spere remendaba un par de medias, las favoritas de Serena. Cuando su hija volviera, se las daría. Tari tejía también un gorro de lana fina.

—Tal vez sea niña también —exclamó Tari—, como tu Serena.

—Va a salir todo bien. Mi hija entregará el huevo.

—Sí, mujer, de eso no hay duda —dijo Tari. Le había prometido a Spere que, pasando la medianoche, saldrían a buscar a Serena a los alrededores.

Tari se encogió de hombros y acarició su vientre un par de veces, los dolores le habían regresado. Deseó no pensar en la posibilidad de que Serena no tuviera éxito.

—Mira, son sus medias favoritas —dijo Spere para distraerla del dolor mostrándole las medias que tejía.

—Son preciosas.

—Cuando vuelva se las voy a dar.

—Cuando vuelva... —susurró Tari y miró con compasión a Spere.

¿Valdría la pena contarle el final de su sueño premonitorio? "Hay cosas que no ocurren si así lo deseamos", le había dicho Eol antes de salir con Serena. Tari deseó con todas sus fuerzas que su esposo tuviera razón.

No dijeron más. Spere lanzó un leño más al fuego, haciendo chisporrotear algunas virutas. Ambas se quedaron allí, atentas a cualquier aviso, el fuego crepitaba con una extraña flama violeta. Tari sintió una patada de su bebé tan fuerte que se levantó de golpe, luego, no supo si para tranquilizarse a ella o a Spere dijo:

—Se llamará como tu hija: Serena.

# XIX. Valle de los Dragones

La luna llena iluminaba el Valle de los Dragones, un territorio rocoso. Algunos árboles eran muy altos, otros tenían troncos muy anchos, pero ninguna especie le era familiar a Serena, que nunca había visto árboles así en Toerhu. Olía a madera quemada, pero Serena no veía fuego por ninguna parte.

La niña reconoció con facilidad el camino que la llevaría hasta la Cueva de los Orígenes, pues estaba iluminado por claros rayos de luna llena. ¿Debía seguir el camino recto o era preferible no llegar directamente? Eol y Laudio no le habían contado nada sobre lo que podría aparecerse por estos sitios.

En ese Valle no había nada que le pareciera peligroso o misterioso, y ahora que lo pensaba le resultaba curioso que ya estuviera allí, a punto de entregar el huevo y tan cerca de volver a casa. Se palpó el cuerpo, fuera de las lastimaduras del arnés, la piel quemada por el sol y la arena que todavía tenía en la ropa no había más heridas.

Fue la primera vez que se sintió orgullosa de sí misma; no había necesidad de que alguien llegara y le diera una palmadita en la espalda: saberlo le hizo olvidar el dolor de las piernas y el cansancio, y comenzó a subir la cuesta. Las piedras eran filosas. Serena se preguntó si los dragones tendrían patas duras para no lastimarse al detenerse ahí, pero rectificó pensando que seguramente no bajaban por esos caminos, sino volando.

Con cada paso la cuesta era más escarpada; a veces debía respirar por la boca porque le faltaba el aire. Tenía poco tiempo, además; la oscuridad reinaba por todas partes.

El huevo emanó de repente una luz verde clara, que le calentó la espalda de inmediato. Era demasiado cálida. Había llegado la hora: Serena tenía que entregar el huevo cuanto antes, no podía permitir que se rompiera allí mismo, estaba tan cerca de completar su cometido y salvar a Toerhu del hechizo.

—Espera, no salgas aún. Ya no me falta nada —le dijo Serena al huevo, deseando que tal vez ese dragón que venía en camino entendiera su situación.

Pronto vio la Cueva de los Orígenes, supo que era la correcta porque dos robles robustos la enmarcaban, tal como le había dicho Eol. Serena no se atrevió a entrar, se quedó a unos pasos de la entrada, prefirió gritar que ya había llegado y que tenía el huevo de dragón.

Nadie atendió a sus gritos. Serena caminó hasta la entrada con pasos sigilosos y lentos.

Volvió a llamar; escuchó el grito de su voz perderse en las profundidades de la Cueva.

—¿Reina de los dragones? He llegado —repitió Serena. Su voz fue tragada por la Cueva.

La respuesta no le vino de adentro, sino del cascarón, escuchó un tronido. Era el momento. A pesar del miedo, Serena se asomó a ver qué había en la Cueva, pero no pudo ver absolutamente nada. Pensó que la luz del huevo iluminaría su camino, pero al quitarse el arnés y pasarse el huevo hacia adelante, éste dejó de emitir su color verde. Afuera, la luz de la luna hacía evidente el negro profundo del interior de la Cueva. El huevo volvió a crujir. Serena sintió que su corazón palpitaba con fuerza, respiró y cerró los ojos como para protegerse de la oscuridad; entonces, entró.

# XX. En Toerhu ha de ser

Después de que el Sabio convocara a una reunión en la plaza principal y prácticamente nadie en la aldea asistiera, se dio cuenta de que todo el tiempo había decidido mal. Al no buscar aliados o al menos tener con quién hablar de sus ideas y dudas sobre la profecía, había perdido tiempo precioso, y además había perdido irremediablemente el control de la situación. En eso estaba solo. Quizá debió haber confiado más en sus guardias, o en Tari y Eol, quienes parecían tener nociones vagas de la profecía.

Después de que Tari se llevara a Spere, se refugió en su biblioteca y repasó una y otra vez las imágenes que tenía y el fragmento de la profecía. Había robado el huevo del dragón que terminaría con el mundo o de los dragones... o de los humanos. Eso lo sabía, pero no había podido descubrir cuál era el cetro, aquello que tendría bajo control al dragón morado, el animal más fuerte que habría de pisar la Tierra. Al principio pensó que ese famoso cetro podía ser ese pedazo de piel que le habían traído, pero en sus dibujos no había encontrado un solo indicio de cómo usarlo como cetro, si acaso ese trozo de piel lo era.

Alón y Enti, quienes robaron el huevo, habían buscado algún objeto valioso en la Cueva, pero como nada les pareció importante tomaron el huevo y un pedazo de piel de Xela. El Sabio les había dicho que el cetro estaba relacionado con los dragones; luego, salieron de la Cueva borrando sus huellas, tenían que volver antes de que pasaran los efectos de las hierbas que las volvían carentes de olor.

Cuando llegaron a Toerhu dejaron el grueso y escamoso pedazo de piel en la casa del Sabio, quien había salido a la

aldea vecina. Desde que lo vio, él estaba seguro de que el cetro era ese pedazo duro de piel, pero en todo ese tiempo que lo había estado observando no cambió su forma ni mudó su color. No se había manifestado su poder de ninguna manera y, lo más sorprendente, la dichosa reina de los dragones no lo reclamó. Spere no había encontrado nada en los dibujos y Tari ni siquiera lo intentó robar, cuando estuvo de visita.

El cetro, según la profecía, se haría evidente poco antes de que se quebrara el huevo; eso anunciaban los libros. El Sabio miró los dibujos que acompañaban la profecía y leyó el fragmento:

*En Toerhu ha de ser,*
*y no en el Valle de los Dragones*
*donde el cetro habrá de manifestarse.*
*En su camino, los animales de fuego*
*no podrán tocarlo, ni dañarlo.*
*No será uno de ellos. Los hombres lo mirarán,*
*pero sólo los sabios habrán de reconocerlo.*
*La luz será de quien lo posea, la obediencia,*
*la lealtad, la fuerza...*

Hasta ahí llegaba lo que podía consultar en los libros. Aunque sabía bastante no podía descifrar la profecía. Se preguntó si alguno de los guardias había husmeado en el libro o si incluso las jóvenes jinetes lo habían engañado y le habían entregado algún objeto que no era del Valle de los Dragones. Quizá debió haber ocultado el huevo con vehemencia, lo debió haber cambiado por uno falso, pero eso no hubiera servido de nada, porque la misma profecía avisaba que "no será uno de ellos", el cetro no podía ser el huevo de dragón. Además, la reina hubiera detectado el engaño en el acto. El Sabio no paraba de pensar, ¿qué más se podía descifrar de ese fragmento y un dibujo con un dragón enorme que aplastaba con una pata un centenar de casas, mientras un haz de luz le iluminaba la cabeza?

Poco antes de la medianoche se escucharon por la aldea un par de gemidos. Parecían de alivio y venían de la calle. El Sabio entendió que posiblemente Serena había llegado a tiempo al Valle de los Dragones y había entregado el huevo con éxito. Pero... ¿y el cetro? El pedazo de piel permanecía sin cambio alguno, con lo cual se volvió evidente que no era el cetro. El Sabio cogió la piel de dragón y la arrojó contra la pared. No tenía nada: él, que desde hacía décadas perseguía ese misterio, estaba igual que los demás. Pensó que era tiempo de obrar diferente: salió hacia la casa de Tari con el *Libro de los Dragones* bajo el brazo, estaba dispuesto a mostrarlo.

Tari escuchó que llamaban a la puerta, deseó que fuera su esposo, pero se repitió a sí misma que eso era imposible. Él no podía estar todavía de vuelta, vio al Sabio y lo dejó pasar.

—¿Qué hace aquí?

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? —preguntó la mujer sin dejar pasar al Sabio.

—De la profecía.

Tari soltó una carcajada.

—Seguro que lo que usted quiere es volver a robar el huevo y ponernos a todos en peligro. Ambos se miraron con desconfianza.

—¡Qué va!, ¿por qué lo dices?, ¿qué sabes tú? Con certeza algo te ha contado tu marido. Quizá vio mis libros sin mi consentimiento; eso ya no importa. Sólo quiero hacer lo posible para salir de este peligro, piensa en la aldea..., ¡en tu hijo! —exclamó el Sabio y quiso tocar el vientre de la mujer.

Tari apretó la quijada. No le permitió al Sabio tocarla y se cruzó de brazos.

Sabía que su bebé ya no estaba en peligro pero temía por la niña.

—Eol me dejó un fragmento. Me dijo que, si él no regresaba al anochecer, se lo diera a usted y saliera con un par de guardias a buscarlos o a rescatar a la niña.

El Sabio dio un sobresalto.

—¿Tienes qué?, es imposible. Desde hace años busco incansablemente copias de la profecía.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Spere, presintiendo lo peor. Tari hizo pasar al Sabio y cerró detrás de sí la puerta.

—Spere dice que usted la puso a ver libros, creo que nosotros tenemos la parte faltante de la profecía. Dice que usted mencionó un cetro. ¿Es el huevo el cetro?, ¿por eso lo quiere de vuelta Drani?

—No perdamos más el tiempo, Tari. Toma, es la hoja incompleta de este libro —el Sabio le dio el *Libro de los Dragones.*

Tari sacó de sus ropas el pedazo de papel que llevaba escondido en el pecho y también la hoja incompleta que le había dejado Eol. Encajaba perfectamente en la hoja rota. El rompecabezas estaba completo.

*... del gran dragón también.*
*Habrán de temer*
*aquellos que*
*no lo vean y*
*subestimen.*

Tari luchaba con las letras; no dominaba la lectura. Spere, sin siquiera intentar verlas, esperaba impaciente que alguno de los dos las leyera en voz alta. El Sabio leyó el texto dos veces, susurró los últimos versos. Todo el tiempo tuvo frente a sus narices la respuesta y jamás le pasó por la cabeza que el cetro estuviera en Toerhu, él lo dejó ir por perseguir lo erróneo.

Spere repetía las últimas frases de la profecía.

—Trae inmediatamente dos caballos, tú y yo saldremos a buscar a Serena —dijo el Sabio a Tari, sin pensarlo mucho.

—¿A la niña? ¡Lo que usted quiere es rescatar el huevo!

El Sabio miró a los ojos a Spere y sintió cómo una gota de sudor le escurrió por la nuca.

Todo parecía perdido, pero quizá todavía podía cambiar el rumbo de las cosas.

—El huevo fue mi error, mi gran error. Quien vale es la niña: ella es el cetro.

# XXI. La Cueva de los Orígenes

—Pasa, Serena, lo has hecho muy bien. Te felicito —dijo Drani entre la penumbra de la Cueva.

Serena temblaba de miedo. Lograba reconocer la voz de la reina de dragones, pero no verla.

Drani hizo prender algunas antorchas con un fuego entre verde y azul. La Cueva era profunda y amplia, parecía no tener fin. A pesar de su tamaño, ese lugar no tenía nada de acogedor. A su lado, Serena vio a otra dragona de menor tamaño que esperaba ansiosa; sus pupilas eran moradas. La niña se acercó un poco y se aflojó el arnés; colocó el huevo con mucho cuidado en el suelo y dio dos pasos hacia atrás.

—Aquí está, te lo devuelvo antes de que sea medianoche. Ahora quita el hechizo de mi aldea.

—Claro, pequeña. El hechizo lo has deshecho tú al cumplir tu palabra, te lo agradecemos.

Seguramente en Toerhu ya se está corriendo la voz de tu éxito. Las mujeres dejaron de sufrir malestares, nadie corre peligro.

—Volveré a casa.

—¿Tan rápido? —dijo Drani, en un tono sarcástico—. ¿No te apetece conocer nuestro Valle? Quién hubiera dicho que tú, la pequeña Serena, quien tanto le temía a la noche, ¡desea emprender ahora mismo el camino a casa en plena oscuridad! Pensarás que la luz de la luna es suficiente para guiarte y protegerte, ¿estás segura de que te protegerá?

Serena estaba impaciente, le sudaban las manos, pero tenía su miedo bajo control.

—¿Puede alguna de ustedes acercarme a mi aldea? —dijo Serena al reflexionar en las palabras de la reina.

—¡Oh, pequeña, me temo que no! Sabes, nuestro huevo pronto va a reventar y tenemos que estar atentas. ¿No te gustaría ver salir del cascarón a un pequeño dragón? Seguramente tienes curiosidad de saber cómo es.

—Sí, pero...

—Además, tus amigos vienen por ti.

—¿Qué dices? —preguntó Serena con una amplia sonrisa. En ese momento sintió que estaba a dos pasos de su aldea, tan cerca otra vez.

—Vienen a todo galope, pronto llegarán; piensan que no te queremos dejar volver a casa.

Las palabras de Drani no parecían sinceras, ¿qué ganaba la reina mintiéndole? Por instinto miró inquisitiva a la otra dragona.

—Es así, pequeña. Tus amigos vienen en camino —afirmó Xela que no sabía qué raro juego jugaba Drani.

—Xela, dale un poco de agua a esta niña y esperemos a que se rompa el huevo. Serena, tus amigos robaron el huevo más importante de los últimos años; en realidad, de las últimas décadas. Si le hubiera pasado algo..., podríamos haber desaparecido como especie.

—Si es tan especial, ¿por qué no te lo llevaste tú cuando nos visitaste? —replicó la niña. El cansancio que sentía le hacía perder su timidez al hablar.

Las pupilas de Drani se dilataron, no reconocía ahora a la pequeña, quien se había orinado en su pata hacía dos días y que se moría de miedo. Seguía oliendo a miedo, pero éste ya no sacudía su menudo cuerpo.

—Pequeña, hay cosas que están escritas y no sabemos cuándo acontecerán: lo que podemos hacer es estar preparados. Tú eras la elegida para traerlo a casa, desde que te vi, lo supe. Y ahora tú eres la elegida para verlo nacer.

—Pensé que mi tarea ya estaba concluida...

—No, Serena. Tú eres en gran parte madre de este huevo —explicó Drani queriendo suavizar sus palabras para ganarse a la niña. Faltaba poco para el nacimiento—. Él ha absorbido tus ideas, tus miedos, tus pensamientos. Ahora está más apegado a ti que a su madre. Si te fueras ahora, estaría perdido.

—No entiendo por qué no te lo llevaste tú...

—Nosotras no podíamos sacarlo de la aldea, así estaba escrito en nuestros libros.

—Es verdad, Serena, yo intenté pensar que no era el huevo elegido, pero, así es. Todo concuerda —confirmó Xela y abrió las narinas cuanto pudo; ella estaba tan sorprendida como la niña.

Afuera sonó un cuerno, era un llamado. Drani estiró sus orejas.

—Es hora, están aquí —dijo la reina.

—¿Mis amigos?

—Sí, han llegado. Xela, lleva a Serena y el huevo al fondo de tu cueva, a un lugar seguro. Ahora son tu responsabilidad. El dragón morado pronto nacerá.

—Pero..., ¿por qué? —preguntó Serena. No entendía lo que estaba pasando y quería irse a casa.

—Tus amigos son nuestros enemigos y han venido para atacarnos —concluyó Drani, molesta.

# XXII. El dragón morado

Con su hocico, Xela tomó el huevo y con una pata empujó a Serena para indicarle el camino. Los llevó hasta el fondo de la Cueva. La luz era pobre y el aire, húmedo y pesado, olía a azufre; además hacía calor y las antorchas apenas iluminaban el espacio.

—¿Por qué no puedo salir yo? —preguntó Serena hecha un ovillo, no estaba segura si las cosas acabarían bien.

—Pronto saldrás, cuando sea seguro.

—¿Y entonces iré a casa?

Xela la miró con compasión. ¿Cómo pudo darle Drani una tarea así a una niña tan pequeña? Luego, le echó una mirada al huevo, que intermitentemente emanaba una luz suave, a veces verde, a veces lila.

—No, Serena —respondió Xela—, ya no podrás volver a casa. Ahora vivirás entre nosotros.

—No es posible, ¡yo no quiero quedarme aquí! —Reclamó Serena y empezó a llorar.

No podía imaginarse crecer en ese lugar tan inhóspito. ¡Jamás saldría de allí!, nadie en la aldea se atrevería a rescatarla; estaba sola.

—Serena —dijo Xela suavemente y acarició con ternura su huevo—, éste de aquí es el último dragón. Hace muchísimos años se escribieron profecías entre dragones y humanos. En este mundo no es posible que habitemos los dos. Por eso,

aquellos que sabían de magia, se decidieron por dejar al más apto y fuerte como heredero del mundo.

—¿Y escribieron una profecía?

—Así es. Al pronunciar las últimas palabras de esa profecía, tanto dragones como seres humanos se llenaron de miedo, y de común acuerdo decidieron vivir en lugares separados, para no toparse unos con otros. Yo no lo sabía, me lo ha contado Drani. Seguro que quien robó el huevo también lo sabe, lo ha robado sabiendo esto todo el tiempo.

—¿Por qué no se enfrentaron en ese entonces, en el pasado?

—No lo sé. Quizás, entonces, pensaron que todo se olvidaría y que ahora nosotros podríamos vivir evitándonos, pero sucedió que ustedes robaron el huevo.

Serena bajó la mirada.

—Yo no tengo la culpa.

—Yo tampoco tengo la culpa de que robaran justamente mi huevo.

—Lo siento.

—Lo siento por ti.

El huevo comenzó a emanar una luz verde clara.

—Mira —exclamó Xela—, está listo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Serena.

—Nada, simplemente disfrutaremos de su nacimiento.

—Es una luz tan clara, es impresionante —dijo Serena y se atrevió a acariciar el cascarón. Unos ruidos se escucharon cerca de ellas. Serena retiró con rapidez la mano pero una garra de dragón la tomó por sorpresa:

—¿Quién eres?

—¡Espera, Rod! —gritó Xela—. Ella es el cetro.

El dragón miró a la niña con desprecio, aflojó los dedos y la dejó libre. A Serena el nuevo dragón le pareció muy desagradable, tenía los ojos rojos y su piel era casi completamente negra.

—Úntale un poco de nuestra sangre o sudor, huele a humano. Pensé que venía a llevarse el huevo.

—Me descuidé —Xela se pinchó un muslo y con su sangre embadurnó el cuerpo de la niña. Al sentir la sangre por su cuerpo, Serena se recuperó al instante del cansancio y dolor que traía. Palpó sus hombros: ya no estaban lastimados, habían sanado. La sangre de Xela era como un bálsamo denso que podía curarla.

—¿Ya está naciendo? —preguntó Rod.

—Sí, ya comenzó.

—¡Oh, es increíble! Nunca he visto nacer a uno de nosotros.

—Haznos compañía.

Afuera, los cuernos volvieron a sonar.

—No puedo quedarme —contestó Rod y clavó su mirada en la niña—. Estos humanos han traído hierbas y hojas que nos

marean y nos hacen ver mal. Son dos, solamente hemos capturado a uno de ellos.

—¿A quién?, ¿cómo se llama? —interrumpió Serena y deseó que Eol y Laudio estuvieran afuera buscándola—. Han venido por mí, no quieren dañar a nadie. Si explicamos todo...

—¡Oh, calla! Ellos saben perfectamente bien qué pasa aquí —chilló el dragón Rod. Sus pupilas se volvieron aún más rojas—. No vienen por ti porque seas la niña de la aldea. Vienen por ti porque también saben que tú eres el cetro, pero pronto dejarán de existir, así lo planea Drani.

—¿Qué dices? —preguntó Xela—. Eso no lo pudo haber dicho ella.

—Xela no va a negociar de nuevo. Gracias a que su abuela Drani negoció una vez, uno de esos seres humanos escribió la profecía... Nos traicionaron...

Rod tenía razón, hace cientos de años un humano se había aprovechado de la buena voluntad de la entonces reina de los dragones, la abuela de Drani, y había escrito la profecía.

—No puede hacer eso —se quejó Xela.

De afuera volvió a llegar un sonido de cuerno.

—Es la señal, los han capturado a los dos.

—Rod, espera, tengo que hablar con Drani.

Xela tomó el huevo y a Serena y los llevó hasta la entrada de la Cueva de los Orígenes, afuera Drani interrogaba al Sabio y a Tari. La niña estaba muy confundida y triste de no ver a Eol y Laudio, no supo explicarse por qué justamente estos

dos habían salido a buscarla. ¿Por qué no habían mandado a más guardias?

—Nadie, nadie más nos sigue. Sólo nosotros sabemos de la profecía —juró el Sabio mientras Drani lo sacudía de cabeza.

—¡Mentira! Seguro que están preparando un ataque mayor —dijo Drani con los ojos encendidos de furia, más rojos que nunca.

Xela nunca la había visto así. Tal vez durante todos estos años, la reina de los dragones había esperado en secreto que se cumpliera la profecía para, por fin, vengarse de los seres humanos, aquellos que habían tendido una trampa a su abuela, y ahora era el tiempo de la revancha. Se dirigió a la niña y al huevo, besó su huevo y lo acarició, tenía que salir inmediatamente; no podría verlo nacer.

—Serena, mira, allí, al lado del fuego, hay un escondite. Quiero que te lleves allí el huevo hasta que acabe todo, ¿me entiendes? —Xela tomó un poco más de su sangre y a pesar de que la niña tenía suficiente, la volvió a untar, ocultando cualquier rastro de aroma humano.

—No te vayas —suplicó Serena.

Sabía que Xela no podría detener a su reina, pero era importante hacer lo que le pedía. El huevo mudó de color y se volvió morado, había empezado el nacimiento.

Xela miró sorprendida el nuevo color. No había duda, se trataba del último dragón del mundo. Le señaló una vez más el escondite a Serena y acto seguido salió a enfrentar a su propia reina sin saber de qué era capaz.

—¡Déjalos en paz! —exigió—. No huelen ni a mentira ni a embuste. Están diciendo la verdad.

—¡Cállate! —dijo Drani y le lanzó una llamarada para que no se acercara.

Serena no quiso arriesgarse y se quedó adentro de la Cueva. No podía ver la escena, sólo alcanzaba a escuchar algunos gritos. Se abrazó al huevo, sintió miedo.

Drani se parecía por fin a esos dragones que los humanos temían tanto en las historias. La reina tomó en cada pata a sus presas y las apretó.

El Sabio lanzó un grito de ayuda. Tari se desmayó.

—¡No, por favor, está embarazada! —suplicó el Sabio.

Xela recogió sus alas y se alistó en posición de ataque. Los demás dragones no sabían qué hacer. Rod no entendía la rudeza de su reina.

—¡Basta! —Xela se abalanzó contra Drani e hizo que por el choque ésta abriera sus patas y dejara libres a sus presas.

—¡Lo lamentarás! —amenazó Drani y la atacó con una llamarada potente que Xela apenas pudo frenar con el escudo de sus alas.

El Sabio tomó a Tari, no podía hacer más. Buscó un escondite para ellos, mientras llamaba con silbidos a los caballos. Ambas dragonas se atacaron un largo rato suspendidas en el aire hasta que Drani derribó a Xela e inmediatamente después le enterró en el pecho su cola puntiaguda. Fue una herida profunda y fatal que paralizó a todos los dragones.

—¿Qué has hecho, Drani? —gritó Rod. Xela se desplomó.

—¡Vayan por el huevo y la niña, ya! —exigió Drani.

Los dragones se quedaron mirando unos a otros. Serena escuchó su nombre y se cubrió la boca para no gritar, se dio media vuelta y fue corriendo hasta el escondite que Xela le había mostrado. En ese hueco puso el huevo, y cerró lo mejor que pudo la entrada. Luego, se abrazó al huevo, que no paraba de brillar. "Su luz morada los delataría en algún momento", pensó la niña.

Los primeros dragones no tardaron en llegar, olisquearon cuanto pudieron, todas las paredes, el suelo, el techo. No encontraron a la niña. Serena estaba aterida de miedo, pero sabía que no debía llorar, gritar o moverse. Sentía por todo el cuerpo la sangre negra de Xela, gracias a ésta los dragones no conseguirían reconocer su olor humano.

La búsqueda en la Cueva le pareció eterna. Entraron varios dragones, pero ninguno consiguió ubicar a la niña. La misma Drani buscó varias veces: tampoco encontró nada. Serena escuchó cómo los últimos dragones salían de la cueva y se quedaban a hacer guardia en la entrada. La niña se sentía segura en el escondite, pero sabía que no podría estar allí por siempre.

Estaba claro que no podía quedarse ni en la Cueva de los Orígenes ni en el Valle de los Dragones. Se rehusaba a servir a esa reina junto con el dragón más fuerte de todos los tiempos; tampoco podía volver a Toerhu porque pondría a todos en peligro. Su vida había cambiado para siempre. Los dragones buscaron largo rato por el Valle pero nadie consiguió seguir el rastro de la niña, que se perdía justo en la entrada de la Cueva.

En el escondite, Serena permanecía aferrada al huevo y lo calentaba con su propio cuerpo. De vez en vez escuchaba crujidos del cascarón, agradeció que la Cueva de Xela, y en especial su escondite, fueran tan oscuros, así podía

esconderse mejor; se sentía protegida. ¡Quién iba a decir que agradecería algún día la oscuridad!

Poco después de la medianoche la profecía se cumplió. El dragón morado, un cuerpo duro y tembloroso, nació en los brazos de Serena. Ella sería su madre y habría de ordenarle cuanto quisiera, o bien, también podría dejarlo en libertad. El dragón, a partir de ahora habría sólo de escuchar sus palabras y sólo ésas sin cuestionar. Serena acarició a su dragón de ojos morados, grandes y redondos. Era del tamaño de un niño pequeño y tan frío que a Serena le sorprendía que estuviera vivo. El dragón respiraba suavemente, pero parecía tan débil, era cuestión de tiempo que llorara por hambre. Serena le ofreció un dedo que este tomó sin chistar y se lo llevó al hocico; luego, comenzó a chupar. Serena sólo sintió un leve pinchazo en el pulgar. Mirándolo comer, le susurró una canción infantil.

*Duerme, florecita, duerme ya.*
*Para que mañana florezcas con tu bondad.*

Pronto el dragón morado cayó dormido con un ronquido casi humano. Serena lo acarició hasta caer dormida ella también. Por la mañana, cuando salió el sol, Rod, que conocía el escondite, la despertó.

—Vamos, Serena. No te puedes quedar aquí. Oculta al dragón morado, yo haré todo lo posible para que Drani crea que el dragón ha nacido muerto, cuídalo en silencio. Tienes que estar alejada de todo grupo, ¿entiendes?, no confíes en nadie. Prepáralo para enfrentar en algún momento a la reina de los dragones, ahora no puede, es sólo un bebé, no sabe de fuego, ni de combate.

Rod los miró con sus ojos que ya no eran rojos, sino ocres. Serena no supo descifrar esa mirada. Sólo entendió que

jamás volvería a su aldea, y también que en ese mismo momento dejaba de ser una niña. A partir de ahora huiría del Valle de los Dragones, de Toerhu, de todo aquello que conocía y entendía como hogar. No importaba si estaba lista o no: era su destino. Ocultaría como pudiera al último dragón del mundo, a su dragón morado. Se abrazó a una pata de Rod y le agradeció su ayuda.

Rod la escondió en una de sus alas y salió de la Cueva, pasó al lado de dos grandes dragones. Avisó que iba a emprender un último vuelo para ver si encontraba a Serena o al dragón morado. Sus compañeros negaron con la cabeza y le dijeron que perdía su tiempo, que Drani encontraría a la niña en cualquier momento.

Rod asintió varias veces, se despidió.

—Tal vez yo tenga suerte —dijo. Estiró con cuidado sus alas y torció la cola, mirando hacia el horizonte. Volaría en esa dirección hasta que se le acabaran las fuerzas.

# ÍNDICE


| | |
|---|---|
| I. El robo | 5 |
| II. En Toerhu | 9 |
| III. El hechizo | 17 |
| IV. El Sabio | 29 |
| V. El huevo | 33 |
| VI. Serena | 41 |
| VII. El muscaradón | 47 |
| VIII. El plan | 51 |
| IX. Alón y Enti | 59 |
| X. Buscando a Serena | 65 |
| XI. Eol y Laudio | 69 |

XII. El Bosque Espiral 75

XIII. La Llanura de los Lamentos 81

XIV. El Jardín de las Ilusiones 89

XV. La profecía 93

XVI. La abuela 101

XVII. La reina de los dragones 107

XVIII. El cetro 111

XIX. Valle de los Dragones 115

XX. En Toerhu ha de ser 119

XXI. La Cueva de los Orígenes 125

XXII. El dragón morado 131

## SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Marina Núñez Bespalova
Secretaria de Desarrollo Cultural

Omar Monroy Rodríguez
Titular de la Unidad de Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General de Vinculación Cultural

Guillermina Pérez Suárez
Coordinadora Nacional de Desarrollo Cultural Infantil

***Serena y el dragón morado***, escrito por Martha Grizel Delgado Rodríguez e ilustrado por Carlos Vélez Aguilera, se terminó de imprimir en el mes de junio de 2022 en la Ciudad de México, en los talleres de Ediciones Corunda, S.A. de C.V.

El tiraje constó de tres mil ejemplares.